



Los hombres también florecen en color

“Azul”

Estudio de caso sobre cuidado, educación popular y masculinidades

Marcela Becerra Martínez

Universidad del Valle
Facultad de Educación y Pedagogía
Licenciatura en Educación Popular
Santiago de Cali 2022



Los hombres también florecen en color

“Azul”

Estudio de caso sobre cuidado, educación popular y masculinidades

Marcela Becerra Martínez

Trabajo presentado como requisito para optar al título de:
LICENCIADA EN EDUCACIÓN POPULAR

NORMA LUCÍA BERMÚDEZ GÓMEZ

Tutora

Universidad del Valle
Facultad de Educación y Pedagogía
Licenciatura en Educación Popular
Santiago de Cali 2022

Dedicatoria

*Con amor incondicional dedico este trabajo de grado
a mi Mamá, has hecho todo para que llegue aquí,
este logro es el fruto de tu esfuerzo y tu labor de
madre.*

¡Madre! Llego el “algún día” que siempre me decías...

Agradecimientos

A mis queridas profesoras y amigas, Norma Lucía Bermúdez, y Elizabeth Figueroa: GRACIAS, por estar en cada momento de este caminar por su afecto y valor que me ofrecieron tantos años; también agradezco a todas las personas con las que estuve durante este ciclo académico, docentes y compañeros, a mi familia que de una u otra forma estuvieron apoyándome siempre, a Katherine que siempre fue guía y compañía durante mi paso por la universidad, a mi padre por hacer de mi infancia el mejor de los comienzos y ser puente para llegar hasta aquí.

Resumen

El presente documento busca comprender cuáles son las experiencias significativas de un educador popular cumpliendo, en su escenario profesional, el papel de cuidador de la primera infancia, a través de la historia de vida de “Azul”, explorando sus vivencias personales y profesionales para poder así reconocer pistas para nuevos escenarios y roles de la Educación Popular que permitan romper con estereotipos de género en la relación entre masculinidad y cuidado. Se ha hecho uso de la biografía como método idóneo para profundizar y narrar desde su particularidad sobre las brechas genéricas que prevalecen en distintos espacios vitales en los que transitan.

Palabras claves: Masculinidad, Cuidado, Educación Popular.

Tabla de Contenidos

Capítulo 1 “El cuidado: un asunto de cuidado en los hombres”: Aspectos generales	1
1.1. Introducción.....	1
1.2. El Problema y sus antecedentes.....	2
1.3. Justificación.	7
1.4. Objetivo general.	8
1.5. Objetivos específicos.....	8
Capítulo 2 Marco teórico.....	9
2.1. Subjetividad social.....	9
2.2. Género y Nuevas Masculinidad(es).....	11
2.3. Conceptos.	15
A. Patriarcado	15
B. Masculinidad.....	16
C. Cuidado.	17
D. Educación Popular.	19
Capítulo 3. Marco Metodológico	24
3.1. Contactos y negociaciones.....	25
3.2. Recolección de los relatos.	25
3.3. Análisis de los datos.	27
3.4. Conclusiones y aprendizajes.....	27
3.5. Caracterización del sujeto de la investigación.....	28
Capítulo 4. Entre-mujeres tejiendo la historia de Azul	30
4.1. Preámbulo	30
4.2. Mi amiga Cecilia (Doña Raquel).....	31
4.3. Las tres mosqueteras de Azul (Laura)	31
4.4. Ellas (Doña Raquel).....	33
4.5. Una casualidad o una causa (Laura)	34
4.6. Azul y el cuidado de la primera infancia (La jefa)	35
Capítulo 5. Interpretación: Cuidado y Género - Retos y Prejuicios.....	39

5.1. Cuidado atribuido a mujeres y feminizado.....	40
Papel de la maternidad	42
Relaciones de pares en la crianza.....	42
Relación de pares profesionales	43
5.2. Hombres ligados al control y la protección, no al cuidado	44
Papel del padre	45
La relación padre e hijo/hija.....	45
La relación de Azul con su padre:	46
La relación de Laura con su padre:	46
La relación de Azul con su masculinidad.....	48
5.3. Orden de género naturalizado y sobrenaturalizado	49
Capítulo 6. Cuidado y Educación Popular	54
6.1. Educación como construcción de sujetos libres	54
6.2. Educación como ruptura de la dualidad Amo/esclavo.....	56
6.3. El orgullo como crecimiento o como reconocimiento sin valor.....	59
6.4. Masculinidad como construcción de referentes intergeneracionales	60
Capítulo 7. Conclusiones y Recomendaciones	62
7.1. La Educación Popular como escenario de emergencias sobre masculinidades y cuidado 62	
7.2. La despatriarcalización del currículo:.....	63
7.3. Negociación cultural: avance en pensamiento crítico y conciencia	63
7.4. Educación como práctica de amor y de libertad.....	64
8. Lista de Referencias	66

Capítulo 1

“El cuidado: un asunto de cuidado en los hombres”: Aspectos generales

1.1. Introducción

El presente texto contiene el informe final del trabajo de grado realizado durante años acerca del cuidado de la primera infancia ejercido como rol profesional por parte de un educador popular hombre. Es un trabajo construido en medio de múltiples crisis vitales y profesionales de la autora varias de las cuales tuvieron que ver con el cuidado de la enfermedad de su padre y con él enfrentar el ejercicio de la maternidad de su bebé. Estos hechos, así como el vínculo emocional que liga a la investigadora con el sujeto del estudio de caso, hacen de este un texto orgánico ligado profundamente a la biografía de la autora.

En el primer capítulo se expone la aproximación al problema del cuidado, la vinculación de los hombres y la construcción de nuevas masculinidades, así como la justificación y los objetivos de la obra de conocimiento.

El segundo capítulo contiene el marco interpretativo construido con las teorías de diferente alcance y los conceptos que aportarán al análisis de los hallazgos, seguido del tercer capítulo en el que se expone el marco metodológico.

El cuarto capítulo consigna las voces de las mujeres entrevistadas y que aportaron a la construcción de la biografía del sujeto azul.

Los capítulos quinto y sexto contienen la interpretación, o el estudio de caso en sí, apoyado en los conceptos y teorías que guían el análisis. El énfasis del quinto es la perspectiva de género y el sexto está enfocado más en las claves que ofrece la educación popular para este estudio.

En el capítulo séptimo se ofrecen algunas conclusiones y recomendaciones para la Licenciatura en Educación Popular a la luz de esta experiencia y lo que refleja del contexto social.

1.2. El Problema y sus antecedentes

El interés en abordar este tema, surge de la necesidad de visibilizar la historia de vida de un educador popular hombre que cumple el rol de cuidador de niñas y niños de primera infancia a partir de su escenario profesional, en el que se presenta como problemática la categoría de género, puesto que este tipo de trabajo se encuentra enmarcado en los tradicionales roles de género, los cuales son socialmente estipulados para las mujeres en las tareas de crianza, educación de los hijos, y la condición de “soporte” afectivo y fuente de cuidados del resto de las personas, del cual los hombres son excluidos en nuestro entorno.

Se considera importante reconstruir e interpretar esta historia, como un aporte a deconstruir estos imaginarios sociales en una problemática que se concibe en auge, emergente y alternativa como el cuidado, en las discusiones académicas y laborales, la cual exhorta al encuentro, a la reconciliación con la masculinidad y la feminidad que cada uno tiene en su mundo interior, y a la vez, el vivir, sentir y reconocer el cuerpo propio y el de los otros.

En una mirada al pasado, no se cuenta con la inclusión ni se habla de la importancia del género en la formación de los educadores en la academia. Hoy se puede decir que es primordial que como educadoras y educadores populares nos estudiemos y nos trabajemos desde y como género, ya que nos enfrentamos a diario con nuevos escenarios, como lo son los espacios de “cuidado” donde existe una escasez de estudios que lo relacionen con la masculinidad. Es por eso, que en este trabajo se combina la reconstrucción de la historia en diálogo con una serie de artículos, trabajos de grado e investigaciones, siguiendo una línea cronológica.

Los primeros hallazgos en la mención de los roles de género en la literatura de occidente fueron los mitos bíblicos, como pilar religioso y social de la construcción de imaginarios y estereotipos de género, que refieren la concepción de masculinidad a un orden divino, estableciendo una binariedad y una jerarquía social, que enmarca una noción religiosa del mundo androcentrista. El hombre y sus necesidades son el modelo de lo humano, el foco de la historia, el hacedor de

lo importante, de manera que inherentemente el desvalorizado papel de cuidado es otorgado a la mujer asociado en primer lugar al acompañamiento del hombre, tanto cuando afirma:

y dijo Jehová Dios: no es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él (Gn 2:18) ...Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán y, mientras éste dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Dios tomó del hombre, hizo una mujer (Gn 2:21-25)

como cuando señala,

A la mujer le dijo: «Multiplicaré tus sufrimientos en los embarazos y darás a luz a tus hijos con dolor. Siempre te hará falta un hombre, y él te dominará.

Al hombre le dijo: «Por haber escuchado a tu mujer y haber comido del árbol del que Yo te había prohibido comer, maldita sea la tierra por tu causa. Con fatiga sacarás de ella el alimento por todos los días de tu vida (Génesis, 3:16-17).

En esa medida, ser “hombre” es ser proveedor, y mujer cuidadora afectiva del hombre, de los hijos, del hogar, dependiente económica, y siempre el sufrimiento estará ligado a la definición de feminidad; este mito establece una jerarquía sexual que constituye/mitifica estereotipos sociales, culturales e históricos que aún subsisten. Durante los siguientes siglos más específicamente en la era medieval, los estudios sobre lo masculino se orientaron fundamentalmente al estudio del heroísmo, definido como el culto a la hombría, o hacían parte de investigaciones sobre grupos domésticos donde se definían las características de hombre y mujer de acuerdo con el quehacer diario de los integrantes de una familia o sociedad.

En los años cincuenta y sesenta del siglo XX los estudios realizados aún son muy cerrados, se sigue hablando del hombre desde el sistema patriarcal, pero también se intenta desglosar el estereotipo y definir cuál es su quehacer de acuerdo con sus características físicas y cómo se relacionan con el poder. De allí que, Schongut (2012) señale que al referirse a heterosexualidad-homosexualidad y

masculinidad-feminidad se parta de lo biológico y psicológico, la ciencia toma una postura patológica en el primer caso y demarca diferenciación en la definición en el segundo.

Posteriormente, en los años setenta y ochenta, se inicia el despliegue de otro tipo de investigaciones que van de la mano con la apropiación del concepto de género, que permitieron irse aproximando a la masculinidad a través de estudios que incorporaron las contribuciones académicas del feminismo a la comprensión de la construcción cultural del género, los usos de la sexualidad y las relaciones que Ramírez & Burin (2000 y 2005 en Schongut) reconocen como la crisis de la masculinidad.

A partir de los años 90 las investigaciones según Schongut (2012) se inclinan por conceptualizar la identidad masculina, impulsados por el movimiento feminista, siendo los primeros en hablar de género, la relación hombre-mujer, la división sexual, el cuestionamiento de su identidad, el patriarcado, el biopoder, y finalmente en su derecho a contar su historia y producir conocimiento, es por esto que se hacen estudios de tipo exploratorio; la mayoría enfocados en conocer y analizar qué significa lo masculino y qué consecuencias acarrea el serlo en todos los contextos en torno a esta década.

En síntesis, alrededor de este tema no existen antecedentes muy abundantes ni profundos. Podemos decir que masculinidad es un término nuevo, especialmente con respecto al rol de cuidado, porque décadas después de que las mujeres empezaron a interrogarse, los hombres también lo hicieron.

En esa medida, el siglo XXI ha aportado significativamente en la exploración de nuevos interrogantes, escenarios y roles masculinos que rompen con lo preestablecido, y que nos permite realizar estudios donde compaginan masculinidad y cuidado, entre ellos:

La furcia (2013) en su texto **“¿y entonces...que más, hombres? Estudio sobre masculinidades en Colombia: una lectura en clave feminista”** a través de un estado del arte realiza una revisión documental explorando y apelando a diversos tipos de documentos sobre masculinidad, que reconoce como epistemología de género, indagando sobre ser hombre, sus connotaciones y construcción, lo que demanda y conlleva, mediante un recorrido histórico que hace hincapié en el desarrollo latino del término que se compone y entrelaza con el concepto de hombre-mujer feminismo-masculinidad. Además de señalar las transiciones del enfoque que responden a la realidad social colombiana: a) cuidado sexual y reproductivo, b) luego cuidado físico, c) finalmente, cuidado cognitivo frente al conocimiento que se produce; de allí que se asuma en estado de emergencia frente a la masculinidad a pesar de haber avanzado notablemente en últimos años en el país. Los retos según ella son también a nivel institucional tanto público como privado.

Chiquito (2015), en su trabajo de grado **“Una visión de la paternidad desde las vivencias de jóvenes universitarios”** de la Universidad del Valle sede Zarzal, en el período 2012-2013 presentado en modalidad de monografía identifica cambios en cuanto al papel hegemónico de algunos padres influenciado principalmente por experiencias familiares, académicas y etarias resignificando la paternidad que se encuentra intermediada con la mirada adulta y joven en esta investigación donde los cambios sociales e históricos se ven reflejados en su modo de actuar.

Comas d'Argemir (2016) con su artículo **“Hombres cuidadores: barreras de género y modelos emergentes”** presenta una reflexión teórica sobre la implicación de los hombres en Cataluña (España) en los trabajos de cuidados, identificando las barreras que les impiden ejercer este rol, ya sea remunerado o no, además de plantear alternativas y modelos emergentes, en el marco de un proyecto de carácter cualitativo e interdisciplinar. Situando el cuidado como categoría analítica y política, a la vez que permite indagar y conceptualizar tanto dentro la

esfera familiar como social y política, nos habla de otro tipo de cuidado que él denomina social, uno que apuesta al cambio estructural con respecto a roles, inequidad y redistribución de género en la esfera pública y privada.

Botero (2018) en **“Incidencia del género en la experiencia social, trayectorias profesionales de hombres docentes de preescolar en la ciudad de Cali”** identifica las lógicas de acción (integración, estrategia y subjetivación) acogidas por cuatro hombres docentes en nivel preescolar, en la construcción de su experiencia a través de un trabajo etnográfico, en el cual se reconoce que la ruptura en la división sexual del trabajo genera tanto en hombres como mujeres rechazo en ciertas esferas laborales, además de asombro y sorpresa. Ser hombre y docente de preescolar está acompañado de prejuicios y estigmas, entre ellos: el cuestionamiento de su orientación sexual; la devaluación social; el señalamiento de peligroso que asocian a un instinto natural o biológico; y la repercusión en su remuneración. En definitiva, dedicarse a un trabajo feminizado vinculado al cuidado es un rol menospreciado primordialmente cuando es un hombre quien lo ejerce, puesto que se le disocian estas facultades que generan la necesidad de afrontar sus miedos y el replanteamiento de sus estrategias pedagógicas.

Por lo tanto, se establece la importancia de la investigación, puesto que explora un espacio social y moral dado a la mujer, el cuidado social, es decir el orden divino y sociocultural del cuidado del otro en dimensiones afectivas que involucra el cuerpo, terreno delicado tanto en lo privado como en lo público.

¿Los hombres están “condicionados” para cuidar de...? Este interrogante rompe con tradiciones culturales tan arraigadas que tratar de sublevarlas, sitúa a los sujetos con la etiqueta de peligroso; y no es raro, especialmente en estos tiempos en donde la violencia sexual a niños, niñas, mujeres se encuentra en auge, no solo por el número de casos, sino por la concientización de sus víctimas, que a pesar del miedo este ya no es la justificación para continuar en nuestras zonas de confort asignadas. Aunque se ha avanzado sobre el tema de las masculinidades, en la

medida en que no se contemple a los sujetos como seres integrados y sociales en vez de aislados y binarios en un sistema que oprime y limita sus libertades, las brechas de géneros seguirán vigentes porque esto suele ser un círculo vicioso. La apuesta es iniciar desafiando epistemológicamente las prácticas sociales normalmente cotidianizadas y aceptadas.

1.3. Justificación.

Contar la historia de vida de un educador popular hombre, permite aportar desde la particularidad experiencias significativas que apuntan al rol masculino asociado a espacios públicos y privados de cuidado. Este ejercicio se hace necesario pues cuando irrumpen otros sujetos a lugares tradicionalmente calificados para mujeres, emergen elementos de análisis interesantes, donde el género juega un papel determinante y surgen procesos en los que afloran nuevas inquietudes en la formación y la construcción de la nueva identidad del educador masculino especialmente en una sociedad como la nuestra que se enfrenta a retos y desafíos complejos no solo a nivel social, sino epistémico. Razón por la cual, un estudio como este, aporta significativamente en explorar, reafirmar y exorcizar estos escenarios señalados y/o satanizados desde una perspectiva moral y social para los hombres, teniendo en cuenta que, desde la Educación Popular, la diversidad y la complejidad prevalece en cuanto a ámbitos, problemáticas y comunidades/poblaciones, posibilitando opciones diferentes de ver y vivir lo social, y lo humano.

En esa medida es que surge como pregunta central: ¿Cuáles son las experiencias significativas en términos de género de un Educador Popular cumpliendo el papel de cuidador en su escenario profesional? Además ¿Qué eventos entre la etapa niñez y adultez de “Azul”¹ hasta el año 2016 rompen con los estereotipos de género que se asocian a masculinidad y cuidado? ¿Qué tipo de

¹ De acuerdo con el sujeto de la investigación, se utilizará la denominación Azul para nombrarle.

estrategias pedagógicas se pueden desarrollar para apoyar la construcción de masculinidades positivas?

1.4. Objetivo general.

Comprender cómo construye un hombre el rol de cuidado en su escenario profesional, a través de la experiencia de vida de un Educador Popular.

1.5. Objetivos específicos.

- A. Reconstruir desde la subjetividad de un Educador Popular hombre su rol de cuidador en su escenario familiar y laboral.
- B. Analizar las experiencias significativas en la historia de vida que rompen con los estereotipos de género que se asocian a masculinidad y cuidado.
- C. Reconocer pistas que potencien la construcción de masculinidades positivas en nuevos escenarios y roles de la Educación Popular.

Capítulo 2 Marco teórico

Para comprender cómo construye el rol de cuidado en su escenario profesional un hombre a través de la experiencia de vida de un educador popular es necesario definir conceptos como Masculinidad, Cuidado y Educación Popular, fundamentados por unas teorías, en este caso Subjetividad social a través de tres estudios realizados por González (2008 & 2013), Género y subjetividades masculinas desde la perspectiva de Fuller (2012), Viveros (2002), entre otros, manteniendo como ejes centrales de análisis género y cuidado.

1.6. Subjetividad social.

En la actualidad ser hombre se configura como unidad social que olvida el aspecto singular, que combina lo simbólico y lo emocional, por esto es relevante explorar la concepción de la subjetividad social que generaliza y convierte a lo masculino en un ente homogéneo, hegemónico, tradicional y heteronormativo, sin dimensionar ontológicamente que la subjetividad se configura y se recrea tanto en espacios sociales como individuales, es decir tanto la experiencia social e histórica de los individuos como su accionar individual impactan en la generación de cambios de vida y la organización social.

Tal como señala González (2013) “lo subjetivo como una dimensión esencial de los procesos humanos, se expresa tanto en el nivel de los procesos y de las organizaciones sociales, como en el nivel individual” (p. 34). De allí que se considere la subjetividad como la integración de psique-cuerpo, emoción-razón y externo-interno, consciente-inconsciente como características cualitativas entre la relación hombre y realidad (González, p. 12).

González (2008) presenta la categoría de sentido subjetivo que es importante para entender y desarrollar nuevos espacios entre la relación ser humano-mundo, que comprende la subjetividad social e individual concebida como

una unidad intrínseca de las emociones y de los procesos simbólicos, que la definen a través de esos espacios producidos culturalmente: paternidad, familia, raza, género, religión, valores, etc., asociando lo cognitivo a la razón y el conocimiento que permiten concretar las ideas que posteriormente se convierten en palabras que dan sentido al lenguaje que genera múltiples formas de ser, las cuales se hallan constantemente inscritas a la subjetividad individual, tratando de explicar no solo el presente, sino también el ayer para comprender el mañana; la historia del espacio social; las personas y su articulación con otros espacios.

De modo que, implica no solo los procesos u organizaciones de subjetividad individual sino social donde “estos sentidos subjetivos se producen de manera diferenciada en la vida social, a través de la historia y los contextos actuales de esa vida social” (González, p. 34), es decir no tienen orden lineal, ni directo con respecto a la experiencia se presenta por “efectos colaterales y por las consecuencias de acciones y de relaciones simultáneas de la persona en sus espacios de vida social” (González, pp. 33-34).

A partir del uso del sentido subjetivo se exploran los sucesos entre la etapa niñez y adultez de “Azul” que rompen con los estereotipos de género que se asocian a la masculinidad y el cuidado, lo simbólico, lo afectivo y cognitivo, además configuraciones subjetivas de diferentes espacios sociales, en lo que transita simultáneamente, puesto que “las personas son un sistema complejo en los múltiples sistemas sociales en que actúan” (González, p. 35). De manera que somos resultado de unas producciones subjetivas tanto en espacios sociales concretos y no concretos, que integran la subjetividad social. Es entonces que los sentidos subjetivos son verdaderas producciones de la personalidad que nos permiten interrogar ¿Qué rasgos de la subjetividad individual de “Azul” emergen para afrontar esa situación que es socialmente dominante?

En esa medida, la subjetividad se concibe como:

Una cualidad constituyente de la cultura, el hombre [sic] y sus diversas prácticas, es precisamente la expresión de la experiencia vivida en sentidos diferentes para quienes la comparten, constituyendo esos sentidos la

realidad de la experiencia vivida para el hombre. La realidad que nos rodea desde muy temprano se configura subjetivamente a través de nuestras relaciones con los otros, las que siempre son culturales (González, 2013, p. 13).²

“Las acciones de la persona y sus formas de expresión en los escenarios en que se desarrolla su vida social, son procesos constituyentes de las configuraciones de la subjetividad social en esos escenarios” (González, 2013, p. 14). Comprendiendo desde subjetividad individual que la persona no solo se nutre y aprende de afuera sino adentro, o sea de sí misma, con las experiencias de vida que se alimentan de la fantasía y la imaginación como recursos intrínsecos, aprender es entonces no solo un proceso cognitivo sino también subjetivo, por ello es necesario indagar experiencias significativas en la historia de vida que rompen con los estereotipos de género que se asocian a la masculinidad y al cuidado a través de ese sentido subjetivo que implica tanto la construcción y reconfiguración de lo social como lo individual.

1.7. Género y Nuevas Masculinidad(es).

La identidad de género en el marco de masculinidades hegemónicas, tradicionales, y patriarcales según Fuller (2012) encuentra asociado lo masculino desde la binariedad, la negación de lo femenino y al mismo tiempo lo establece como referencia para su concepción, atribuyéndole características como universalidad, saber y poder que lo sitúan en un orden social, “lo femenino actúa como frontera simbólica de lo masculino” (p. 118). Esta noción de masculinidad se mueve desde “dos paradojas: la ilusión de su fijeza (origen biológico) y el temor de perderla amenazada por lo femenino” (ibíd.). Asimismo, Burin (2009) afirma que

² Se incluye en la cita directa el término SIC, para denotar una tendencia que como investigadora identifiqué al momento de la autora no reconocer o excluir a la mujer como ser capaz de desarrollar subjetividad en su expresión.

“el cuerpo nunca está fuera de la historia y la historia nunca está libre de la presencia corporal o de la producción de efectos sobre los cuerpos” (p. 44). De modo que, las construcciones de género se anclan en los cuerpos sexuados: uno de ellos es un sujeto y otro es objeto desvalorizado y des-jerarquizado.

Desde la postura de Mundubat (2013) el sistema heteropatriarcal sostiene las dinámicas hegemónicas y al patriarcado al mismo tiempo, al referirnos a la binariedad, concibe el término hombre asociado a poder y mujer a inferioridad, aunado a la sexualidad, influye tanto en la construcción de identidad, relaciones y orientación sexual, generando “no sólo la invisibilización de las mujeres, sino también de la diversidad de los propios hombres”³ (Pérez et al., citado por Vizcarra, 2018, p. 154).

Es entonces que este sistema se cimenta a partir de dos paradojas: la subordinación de las mujeres y el des-empoderamiento voluntario masculino, quienes se benefician y reconocen este espacio socio-cultural “privilegiado” tanto en la dimensión laboral, en la adquisición de poder y autoridad, y con respecto al cuidado (p. 12), puesto que ser privilegiado es también renunciar; “limitarse a las posibilidades de crecimiento personal, las potencialidades como seres humanos, y su capacidad para desarrollarse plenamente”(ibíd.), o sea que desempoderamiento a su vez es referirse a poder, aquí la diferencia radica en el sentido; como un acto de desobediencia o sumisión.

Este autor identifica la masculinidad hegemónica como “una serie de conductas y de códigos compartidos por los hombres por el hecho de ser hombres” (p. 11), es decir,

La competitividad, la exclusividad hacia lo público, la negación de lo privado, la supresión e inhibición emocional, la homofobia (sensibilidad heterosexual del cuerpo y distanciamiento físico/emocional entre hombres),

³ Aunque sin tener las mismas oportunidades en el caso de las mujeres.

la exposición al riesgo, la falta de cuidado personal y la carencia en la expresión de emociones y sentimientos (ibíd.)

Que ocasionan problemas de género en los hombres como:

La sobre mortalidad masculina y la menor esperanza de vida, la tendencia a la siniestralidad (vial, laboral, ...) de hombres comparada con las mujeres, la comisión de delitos, en especial con componentes asociados a la violencia y la agresión sexual, las toxicomanías y dependencias de sustancias adictivas, el suicidio, el fracaso escolar (ibíd.).

Tanto para Viveros (2002) y Faur (2004) la categoría de clase social, étnico-racial, orientación sexual, etaria, y las relaciones intra e inter-géneros establecen diferenciación en las identidades genéricas, donde la masculinidad obedece a un carácter múltiple acorde a la realidad histórica (Viveros, p. 123). De allí que sea un campo móvil, sometido a un proceso continuo de redefinición y crítica (Fuller, 2012, p. 120). Esto permite plantear nuevas nociones de la masculinidad desde la diversidad de opiniones y posturas con hombres de tendencias e inclinaciones distintas que dé cabida a múltiples modos de masculinidad a partir de un pensamiento abierto, plural, flexible y dinámico (Boscán, 2008, p. 2).

Sobre esas nuevas y emergentes formas de masculinidad(es) haremos énfasis en este trabajo de grado, en aquellas que apuestan por cambios políticos y estructurales que según Boscán (2008) no implica dejar de actuar “como hombres” expresado en ser blandos, dóciles o débiles afeminados, sino que es la superación de una estructura tradicional, sexista y homofóbica que fundamenta una ideología patriarcal, teniendo que ver más con el reencuentro con lo femenino sin ser feminizado, aprender con mujeres y con hombres, planteando nuevos ritos de iniciación masculina, dejando de lado la competitividad y la rivalidad del pasado para dar lugar a la solidaridad, el cooperativismo y el amor.

El rescate de estas actitudes positivas y la deconstrucción de las negativas es lo que construye **masculinidad(es) positivas** que estén acorde con la naturaleza y no se construyan por oposición a la feminidad, que permiten reflexionar sobre cambios espirituales que afectan transformaciones actitudinales como el renunciar a lugares privilegiados, puesto que negar los lazos de feminidad –madre en muchos casos generan masculinidades negativas y destructivas; por ello el apoyo de las mujeres en la construcción de nuevas masculinidades es tan importante como el de otros hombres, rompiendo con esa ética patriarcal en políticas de género, raza y orientación sexual (Carabí, en Boscán, 2008).

La identidad masculina no es algo dado, sino un proceso de negociación según Viveros y la Comisión Nacional de los Derechos (2002 & 2010) en el que espacios sociales como: familia, escuela, medios de comunicación, grupos de pares y paternidad son cruciales en su definición, además de las literaturas populares pertenecientes a cada espacio social, espacial y temporal que se arraiga en ciclos de vida tanto desde niñez, adolescencia y adultez. Razón por la cual, es relevante comprender las **relaciones de género simbólicas, de poder, de producción, vínculos emocionales y sexuales** en la historia de vida de “Azul” cómo se activan, crean y ponen en juego en sus prácticas sociales de interacción personal y más amplia entre mujeres y hombres, hombres con hombres, que Viveros (2002) denomina práctica de género, que implicaría:

- A. La adscripción a una posición dentro de las relaciones sociales de género.
- B. Las prácticas por las cuales hombres y mujeres asumen esa posición.
- C. Los efectos de estas prácticas en la personalidad, en la experiencia corporal y en la cultura (Viveros, pp. 53-54).

...que aportan en la construcción social de identidades de género, en este caso la masculinidad especialmente desde el cuidado, puesto que existe en tanto exista la feminidad, es referencial, contradictoria, de negación y afirmación (Faur, 2004, p. 49).

1.8. Conceptos.

A. Patriarcado

El patriarcado se refiere a una estructura básica de organización social instaurada en torno al varón de mayor edad y figura de autoridad. La esencia del patriarcado es la autoridad masculina como eje de poder en la familia, en la comunidad, en el grupo social y en el sistema social. Como contraparte está el sometimiento y la subordinación de las mujeres legitimando el uso de la violencia hacia ellas, infantes, otros hombres y otros grupos o pueblos (Suriá, 2010)

Se entiende por orden patriarcal:

“Orden psicosocial existente, incluida la tupida red de relaciones interpersonales que, como filamento de una inmensa tela de araña, une, reúne, vincula, acerca, capta, remite y circula de unas personas a otras en todas direcciones. A este orden desde el feminismo, se le vino a llamar patriarcal para expresar que ha sido a partir del concepto de padre, entendido como categoría de poder, trascendida la palabra desde lo biológico y real a lo simbólico y cultural, mediante el que sólo los varones deciden quién es quién, qué lugar se le asigna a cada cual, incluidos ellos mismos (...), en el orden de los acontecimientos, de las expectativas y las necesidades” (Suriá, 2010)

En resumen, en este trabajo se comprende el patriarcado como:

- Organización y estructura sociopolítica que asegura el poder de los hombres y subordina a las mujeres, por lo que la relación entre los sexos es política [...].
- Ideología o sistema de creencias que sostiene este orden social [...].
- El género como una identidad adquirida. (Castells, en Fundación Juan Vives Suriá, 2010, pp. 57-58).

B. Masculinidad

Los estudios de hombres, de masculinidad o de masculinidades, van a plantear, en primer lugar, que la masculinidad es un constructo histórico y cultural, de modo que lejos del determinismo biológico o la mirada etnocéntrica tendiente a la universalización de una particular forma de ser hombre, se afirma que las concepciones y las prácticas sociales en torno a este concepto varían según los tiempos y lugares. No hay un único y permanente modelo de masculinidad válido para cualquier grupo social o para cualquier momento. Es más, incluso en una misma sociedad las masculinidades son múltiples, definidas diferencialmente según criterios como la edad, la clase social o la etnia (Jociles, 2001), al igual que pueden cambiar a lo largo del trayecto vital de una misma persona (Núñez, 1999). En otras palabras, la masculinidad es una construcción cultural, la cual legitima una serie de características, modelos comportamentales y normas asignadas a los seres sexuados masculinos, cuyo estudio hace parte de los análisis acerca de los procesos de socialización de hombres y mujeres.

Este análisis pasa por identificar las presiones a las que los hombres son sometidos por los constantes refuerzos de virilidad que la sociedad asigna. Estas presiones hacen que la socialización, compuesta por estos continuos refuerzos, se traduzcan en una continua desigualdad de poder entre hombres y mujeres, además, provoca una consolidación del modelo de dominación del hombre sobre las mujeres. Lo que muestra que muchos hombres son continuamente socializados en determinados comportamientos, derivando en una reproducción de modelos tradicionales de masculinidad a través de procesos socializadores distintos de los que viven las mujeres.

C. Cuidado.

El trato a los niños(as) constituye uno de los legados más arraigados del patriarcado como orden social y matriz cultural, confluyendo varios aspectos en el concepto de paternidad gestado por una visión patriarcal, sexista de las relaciones personales y sociales. Uno de los pilares del patriarcado es la división sexual del trabajo (Szil, 2007) donde el cuidado, educación o crianza de las familias, descendientes, niños y niñas o demás personas, se asigna como tarea femenina. Consecuentemente, el cuidado de las personas se ha identificado como incompatible con lo varonil.

Además de estos problemas, existe en los modelos tradicionales de masculinidad una fuerte tendencia de dependencia con respecto al rol de cuidado de las mujeres en espacios como el escolar especialmente en los primeros ciclos de vida que anteceden a la adolescencia, que en este sentido, se puede decir, llevan a considerar como en las diferentes generaciones persiste la naturalización del cuidado femenino, lo que muestra un anclaje predominante al modelo patriarcal que ha permeado sus discursos, prácticas y al mismo tiempo prolongado las inequidades de género, y obstaculizado el pleno desarrollo de las capacidades y el establecimiento de relaciones democráticas (González, 2017). Es decir, el cuidado es propio de mujeres y no de hombres.

El cuidado es una dimensión crucial del bienestar y todas las personas necesitan cuidado a lo largo de sus vidas para poder sobrevivir. Y aunque alrededor del mundo las mujeres siguen llevando a cabo la mayoría del cuidado en los hogares, las comunidades, la escuela, y en la mayoría de las y los trabajos del cuidado remunerado son mujeres (Esquivel, 2013), no se puede negar que cada vez más en los discursos, investigaciones, discusiones y accionares, el cuidado se disputa y lucha para la “repartición equitativa de las responsabilidades entre mujeres y varones” (Esquivel, 2013, p. 3). El concepto de cuidado tiene elementos en común con términos semejantes como trabajo de cuidados, el trabajo doméstico,

el trabajo reproductivo, el trabajo no remunerado, el cuidado social, la economía del cuidado, etc. (Esquivel, 2013, p. 5), que no están lejos también del Estado, las políticas públicas, las instituciones públicas y privadas como jardines, la escuela, hospitales, etc., de acuerdo con las formas en que las responsabilidades del cuidado se asignan y se asumen.

Todavía existe discriminación, diferencias, separación y distinción entre hombres y mujeres en las formas de trabajo y se reconocen nuevas formas de violencia hacia las mujeres tales como acoso, amenazas, inseguridad, entre otros ... aún se sigue en la lucha por formas más dignas de trabajo, no solo en lo económico sino reconociendo que se hace trabajo, especialmente las mujeres que se encargan de lavar la ropa, ir al mercado, cuidar los hijos, ayudar con las tareas, curar a la familia, tareas que contribuyen a la generación de riqueza, porque la mujer es un factor clave para mover la industria y fuerza de trabajo, aunque el cuidado aún no se reconozca y siga en el imaginario social ligado al ámbito doméstico.

En síntesis, la sociedad y el patrimonio funcionan gracias a labor silenciosa del cuidado. Muchas personas dedican su día al cuidado y sin embargo la mayoría no reciben ningún tipo de remuneración o son mal remuneradas. El cuidado es tan importante como cualquier otra actividad y no siempre la valoramos como un trabajo que genera grandes beneficios a la sociedad; la existencia de personas que nos ayudan con el cuidado de nosotros y de nuestras familias permite, por ejemplo, que en las empresas los colaboradores se puedan enfocar en sus tareas aumentando su concentración y por lo tanto su productividad. En los hogares se atienden nuestras necesidades esenciales, fortaleciendo el bienestar de quien lo recibe (menores, adultos mayores, personas con discapacidad, hombres, mujeres, entre otros).

El cuidado nos beneficia a todos y todas, pero debe ser una responsabilidad compartida donde Estado, empresas y sociedad en su conjunto deben abocarse a crear las condiciones que faciliten atender las necesidades presentes con una visión

de futuro, y a la vez velar por el bienestar de quienes cuidan, reconociendo su aporte a la familia y a la sociedad (PNUD, 2018).

De esta forma, el cuidado no puede seguir pensándose como una responsabilidad privada de las mujeres. No debe permanecer invisible en las prácticas de los actores del desarrollo, ni en el diseño de políticas. El trabajo del cuidado, los servicios del cuidado y el impacto de las políticas en materia de cuidado se pueden y deben medir para promover cambios. (Esquivel, 2013, p. 21)

Por lo que se define el cuidado como una actividad específica que incluye todo lo que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo, de manera que podamos vivir en él tan bien como sea posible. Ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestro ser y nuestro ambiente, todo lo cual buscamos para entretejer una compleja red de sostenimiento de la vida (Fisher y Tronto (1990), citado en Tronto (2006), pág. 5). Esta definición incluye tanto la posibilidad del autocuidado como la de cuidar a otros, sin contar su dimensión afectiva, pero no lo equipara a una actividad mercantil cualquiera. Asimismo, incorpora tanto la perspectiva de quienes otorgan como de quienes reciben cuidado.

D. Educación Popular.

Para abordar el interrogante central de esta investigación nos ubicaremos al referirnos a Educación Popular en la pedagogía liberadora que aportó Paulo Freire, que resume muchos de los aciertos, afirmaciones y contradicciones en su Pedagogía de la Esperanza y Pedagogía del Oprimido. Barreiro (en Freire, 2009) afirma “la educación es un acto de amor, coraje, una práctica de la libertad dirigida hacia la realidad, a la que no le teme; más bien busca transformarla, por solidaridad, por espíritu fraterno” (p. 9). Este es un principio que fundamenta esta historia de vida, la educación como práctica de liberación, en este caso en el espacio profesional

desde el cuidado, en esa medida la identificación con las características y posturas de la Educación Popular son:

- ✓ **La concienciación o** despertar de la conciencia: concienciar es entonces analizar críticamente y expresar sus insatisfacciones frente al lugar que ocupa, comprender causas y consecuencias, comparar y generar acciones de transformación, personales en primer lugar y comunitaria a continuación.
- ✓ **Conciencia de la dignidad**, es una praxis de la libertad, un diálogo íntimo, personal e interpersonal (Freire, 2009. p. 15). En este caso la confrontación frente al hecho de ser hombre y lo que esto implica; el reconocimiento de que muchos de los privilegios que viven los varones son al mismo tiempo límites en el desarrollo de su vida en libertad y en dignidad.
- ✓ **Pedagogía del oprimido, una práctica de la libertad.** Reconoce que cuando limita la libertad de ser, se cercena, se minimiza en esta situación al hombre desde su lugar de conformidad que limita su capacidad de discutir y crear. La superación de este estado (acomodación) se denomina integración, la lucha por sobreponerse a los factores socioculturales e históricos que determinan su identidad de género como hombre, es una lucha por su humanización (p. 32).
- ✓ **Proceso de humanizarse**, plantea a partir de esas relaciones del hombre-mundo, hombre-hombre y hombre-mujer que lo retan y permiten una movilidad social y cultural dentro de una determinada temporalidad (pp. 32-33). Que, en sentido contrario, el hombre que no lee y entiende su realidad se convierte en una producción social, un objeto en vez de sujeto.
- ✓ **Cuestionarse individualmente**, hace referencia a preguntarse sobre **qué quiero, siento y pienso**, que evita conformarse con una identidad colectiva que homogeniza y oprime para cumplir expectativas externas más que internas, que se convierte en impotencia.
- ✓ **Nadie se educa solo:** los hombres se educan entre sí mediatizados por el mundo. Pero, también en un diálogo con las mujeres. Lo que permite considerar la educación como un escenario problematizador, crítico, y liberador.

- ✓ **Subjetivarse (ser o no ser)**, es decir reconocer valores, deseos, aspiraciones históricas situadas, que lo convertirán en sujeto-humanizado, u objeto-deshumanizado. El primero actúa, el segundo observa. Esta última mitificación del varón afecta “dolorosamente” en su construcción como “oprimido, desesperanzado, disminuido y acomodado”. Esto destroza y aniquila al sujeto.

Ese hombre que le teme a la libertad está imposibilitado para crear vínculos amorosos y críticos que fomenten una unidad cooperadora y en este caso, la reconciliación entre feminidad y masculinidad o entre la masculinidad hegemónica y las masculinidades.

- ✓ **Temporalidad.** Freire (2009) lo considera “el acto de discernir por qué existe y no solo por qué vive” (p. 29). En esa medida existir va más allá de vivir, es reflexionar sobre la acción, dialogar, por ello es un ejercicio individual y colectivo dramático y desafiante, puesto que nos confronta e inspira al mismo tiempo ya sea para mejorar o cambiar. La transformación de la acción le otorga a la temporalidad ese sentido crítico, es decir la capacidad de comprensión de su realidad por parte del hombre no sólo como observador, sino participante.
- ✓ **Relación dominación, explotación y opresión**, donde tanto el dominado como el dominador se deshumanizan, uno por el exceso de poder y el otro por la falta de éste, lo que se traduce en la cosificación, es decir, el oprimido(hombre) responde con violencia porque eso aprendió del opresor. Y el opresor aprendió esto violentando al oprimido. Esto mismo pasa cuando se apuestan por modelos de masculinidad hegemónica, como se señala más adelante.
- ✓ **Capacidad de opción**, refiere a que el hombre debe reflexionar sobre sí mismo, su tiempo, sus responsabilidades, su papel en la nueva cultura de una época en transición especialmente en el desarrollo del poder desde potencialidades en vez de desempoderamiento voluntario (pp 55-56).
- ✓ **Tipos de subversión**, se da en dos sentidos; aquellos hombres que quieren cambiar sus privilegios (positiva), pero también aquellos que quieren seguir manteniéndolos (negativa).

- ✓ **Captación de “tareas”**, alude a como los hombres afrontan los nuevos retos y desafíos especialmente con respecto a temas y problemáticas pasadas.
- ✓ **La esperanza**, para el hombre que se enfrenta a modelos de masculinidad(es) hegemónica, heteronormativa, patriarcal, homofóbica y tradicional, la esperanza implica iniciar por cuestionarse tanto individualmente como colectivamente, deconstruyendo muchos paradigmas que ocasionan ser y reconocerse como parte de un proceso histórico personal y colectivo como hombre en este caso.

Cuando emerge entonces un hombre capaz de tomar las riendas y tomar decisiones, participar en la construcción masculina del yo-el otro, implica tomar conciencia y no solo concienciación, o sea ya no solo estar madurando sino madurar. Es ahí cuando ese otro que ve en peligro su lugar de “hombre” de su supuesta “libertad” repele agresivamente contra el que considera diferente, lo observa y lo define como “homosexual, raro, inmoral, amanerado, femenino, etc.” En inglés, se ha puesto de moda el calificativo “Man-gina” que hace un juego de palabras combinando hombre y vagina, para hacer alusión a hombres que no reproducen el repertorio tradicional de la masculinidad, o que en redes sociales se solidarizan con las denuncias de las mujeres, etc.

Este tipo de pensamiento construye una sociedad cerrada, que no dialoga, no acepta contradicciones, porque percibe que se ha roto con ese orden cultural, natural (o sobrenatural) y biológico, olvidándose que se trata más de un orden histórico-sociológico y por tanto cambiante.

La Educación Popular y el enfoque de género, juntas, no dejan de ser una práctica pedagógica movilizadora, perspectivas y lecturas críticas fundamentales para la transformación social con un sentido ético - político para entender las desigualdades basadas en las diferencias que afectan de manera constante las relaciones sociales y los derechos de las personas; para reconstruir, visibilizar y promover las construcciones culturales que diferencian y configuran los roles, las percepciones, los estatus de las mujeres, al auto cuestionamiento de los hombres,

en una sociedad donde las desigualdades son causa de discriminación y violencia de género que afectan tanto a hombres y mujeres.

El diálogo entre la perspectiva de género y la educación popular nos lleva a enfoques alternativos de desarrollo para ofrecer un replanteamiento de la formación, la práctica y las formas en educación, no solo refiriéndose a lo institucional, si no a conocer y transformar al mundo y a nosotros mismos. Así como también, construir y deconstruir esas realidades que nos han acompañado a lo largo de la historia creando imaginarios, violencias, estereotipos, estigmatizaciones y discriminaciones, basadas en experiencias sociales y formas de educación que solo nos han colonizado, y además de eso han sido naturalizadas. **Ser es un concepto dinámico, implica diálogo eterno hombre-hombre, hombre-mundo** (Freire, 2009, p. 52).

Capítulo 3. Marco Metodológico

Este trabajo de grado se abordó desde el paradigma cualitativo, creando un acercamiento a la realidad social y cultural de un sujeto y su entorno, donde las concepciones de género determinan una identidad masculina en espacios sociales de interacción doméstico y extra-doméstico como: familia, escuela, pares, figura de paternidad y ejercicio profesional o laboral. El enfoque interpretativo, comprensivo, fenomenológico, permitió aproximarse a una problemática social-comunitaria e íntima-personal como lo es el ejercicio profesional del rol de cuidado remunerado de un licenciado de Educación Popular analizando las vivencias, a partir de la comprensión de la problemática de género subjetiva e intersubjetiva.

El método biográfico se estableció como el más idóneo, puesto que ha desempeñado un papel importante en la transmisión de conocimientos y de experiencias de vida en sus distintas formas en el transcurso histórico, según Chárriez (2012), debido a su origen interdisciplinario que de acuerdo con Cornejo et al. (2008) combina antropología, sociología, psicología, historia, educación, entre otras. No obstante, Iniasta & Feixa (2006) reconocen que además de ser extremadamente sincero, puede ser “peligroso” especialmente para el investigador porque descubre aquello que se encuentra oculto desde la mirada positivista y científica, aportando información no solo al entrevistado sino al entrevistador sobre el cómo, el qué, el cuándo de la situación y pertinencia de ésta. Sin embargo, “la sociología positivista utilizaba y utiliza los métodos cualitativos, las historias de vida, pero sólo con una función ilustrativa, secundaria, para añadir una pincelada de color humano” (Iniasta & Feixa, 2006, pp. 7-8).

Fue importante profundizar en una problemática social que en muchos casos es subversiva y clandestina, que no se puede cuantificar por su magnitud e impacto en distintas esferas vitales, como es el hecho de que un hombre ejerza el rol de cuidado en un espacio público, donde los aspectos conceptuales, éticos y epistemológicos en la producción de la narrativa son indispensables. De allí que, se

retomaron elementos de la auto etnografía lo que permitió involucrarse a la investigadora, debido a que compartió historias en común con el sujeto investigado, desde la niñez hasta el espacio formativo de la Licenciatura en Educación Popular, facilitando la ampliación de su estudio porque “da cabida tanto a los relatos personales y/o autobiográficos como a las experiencias del etnógrafo como investigador —ya sea de manera separada o combinada— situados en un contexto social y cultural (Blanco, 2012, p. 55).

En esa medida, la reconstrucción de la historia de vida del profesional fue guiada por las etapas sugeridas por Sanz (2005) y Cornejo et al. (2008) las cuales se detallan a continuación:

2.1. Contactos y negociaciones.

En esta etapa conocida así por Cornejo et al. (2008) se realizó la escogencia de familiares, excompañeros y compañeras laborales; allegados y allegadas al licenciado en Educación Popular. Se dieron a conocer los objetivos de la investigación y se fijó un cronograma. Una vez identificadas las personas, escogidas y cercanas al educador Popular, se realizaron encuentros, visitas y conversaciones sobre el objeto de trabajo y la importancia de la participación en ella.

2.2. Recolección de los relatos.

Siguiendo a Cornejo et al. (2008) en esta fase se manejó como técnica de recolección de información la entrevista en profundidad no estructurada. A través de la entrevista se logró identificar actitudes, valores, puntos de vista, conductas, motivaciones, emociones, sentimientos y pensamientos del actor social, respecto al ámbito de la primera infancia y adulto mayor. Es la entrevista la que posibilita reconstruir desde la subjetividad del educador popular hombre su quehacer en espacios de cuidado.

Para este caso particular, las entrevistas se desarrollaron en encuentros individuales programados con familiares, excompañeras laborales, allegados y allegadas. Estos

encuentros permitieron vislumbrar las experiencias significativas en la vida del educador popular en el rol de cuidado que vincula la primera infancia y el adulto mayor primordialmente. Con cada uno de los contactos, entre dos y cuatro entrevistas ubicaron relatos sobre las etapas de vida (niñez, la juventud, el paso por la universidad) y de manera puntual, percepciones acerca de la vida laboral en el Centro de Desarrollo para la primera Infancia (CDI).

Por otro lado, se hizo una revisión documental de su trabajo de grado **“Sistematización de la experiencia de alfabetización de adultos con el grupo nueva vida” (2014)** que incluye su experiencia con adultos mayores.

Desde el inicio del proceso, de manera simultánea se hizo la transcripción de las entrevistas como lo plantea Cornejo et al. (2008). Siendo una transcripción completa lo más fidedigna posible, con toda su riqueza (lenguaje, lapsus, modismos, palabras o frases rescatadas entre otros), de igual forma se revisaron los audios para confirmar la veracidad de la narración y la revisión con docentes afines con el tema. La toma de registros en un diario de campo facilitó el análisis de los datos recogidos en tanto ofrece facilidad para la categorización de los conceptos, las impresiones y percepciones de la investigadora.

El relato construido a partir de terceros- tal y como lo contaron, pasó por un proceso de interpretación (el material original fue recopilado sin tergiversar su historia). Se construyó una historia de vida cuyo eje narrativo es la serie de las experiencias significativas contadas a través de los entrevistados. La narrativa y el relato se alimentaron de su ejercicio profesional como educador popular en espacios donde desempeñó el papel de cuidado, la primera infancia y el adulto mayor, destacando imaginarios acerca de la labor educativa y formativa en espacios de cuidado, rol enmarcado en los tradicionales roles de género, que estipulan para las mujeres las tareas de crianza y educación de los hijos y la condición de soporte afectivo y fuente de cuidados del resto de las personas.

2.3. Análisis de los datos.

Esta etapa se encontró sujeta a la anterior, considerando que se fueron tomando las entrevistas, redactándolas y marcando las posibles categorías y conceptos claves para la investigación, que respondieron a los objetivos de la investigación. En esta etapa, de acuerdo con Cornejo et al. (2008), se realizó una revisión bibliográfica para definir las propuestas de análisis de la historia de vida que se aproximaron más al objeto de estudio y el método de investigación teniendo en cuenta como eje temático el marco conceptual de esta investigación, además de realizar consultas a expertos (tutora de trabajo de grado o asesora). En efecto, se llegó a la reconstrucción de la historia, a partir del análisis de la escucha y de los principales hitos biográficos que constituyen la vida del narrador.

Acorde a Sanz (2005) el análisis de la información recogida permitió crear unas temáticas que iniciaron un árbol de categorías el cual describe, define y estructura temáticamente el relato. Dentro del análisis del recurso oral como actividad central de esta etapa se incorporaron reuniones para la revisión del documento en compañía de expertos con el uso de fotos y de documentos administrativos (carta de despedida o renuncia del Educador Popular) con el fin de enriquecer y afirmar el relato.

2.4. Conclusiones y aprendizajes.

Como lo menciona Sanz (2005) esta última etapa se planteó encuentros con expertos, lectura y revisión final del informe para obtener los aprendizajes y conclusiones de la reconstrucción biográfica de un educador popular hombre que se dedicó al rol de cuidado en su escenario profesional. Permitiendo comprender el rol de género y la identidad profesional del hombre en espacios como la educación inicial o procesos de alfabetización con adultos mayores; cumpliendo con el objetivo principal de este trabajo de grado.

Finalmente, se hizo uso de seudónimos, debido a que no hubo consentimiento del sujeto investigación, de allí se le conoce como Azul en el trascurso del trabajo al igual

que el resto de los actores involucrados en el relato de historia de vida. Es así como se consideró relevante una breve descripción de azul que a continuación podrán leer.

2.5. Caracterización del sujeto de la investigación

Azul es ahora un hombre de 30 años, nacido en Cali en los 90”, creció en un barrio popular con su madre, padre y hermano, realizo sus estudios en el colegio de su barrio de allí se formó como licenciado desde el 2008 sin detenerse hasta lograr su titulación como Licenciado en educación popular en el 2015 con honores; Azul es de estatura media, pelo negro ondulado, rasgos finos en su rostro, algunos cubiertos por su barba de hilos negros y rojos, tez entre oscuro y claro, para mis ojos: redondos con mirada de esperanza e inocencia. Una sonrisa amable con dientes parejos; importantísimo su voz siempre es baja y calmada aun cuando emprende conversación, es de esos que siempre escucha.

Sus manos son pequeñas y lisas capaces de crear y sentir, a veces flaco a veces gordo, pero cuida de su salud haciendo ejercicio a diario; su forma de vestir es muy juvenil con un toque de elegancia ya sea en sus zapatos o en su pantalón. Y claro usa mochila todo el tiempo al igual que los relojes. Su presentación personal excelente (dicho por sus allegados y yo) sin excluir los colores con matices claros que son sus favoritos, que acompañados de su fiel moto le da una estampa extraordinaria.

Gran hombre, hijo, hermano y amigo, (dicho por sus allegados y yo) es trabajador, respetuoso, amoroso y paciente, cree en que los cambios siempre son buenos y posibles en esta sociedad.

Acompaño a los adultos mayores como primera experiencia en alfabetización de la mano del Maestro Mario Acevedo, luego lo hizo con niños y niñas en su primera infancia, ahora acompaña a los jóvenes en su proceso de cambio personal.

Por otra parte, es seguidor de personalidades importantes como: Carlos Pizarro, Luis Carlos Galán, el Che Guevara, Paulo Freire, Andrés Caicedo, Pepe Mujica y Eduardo Galeano. Entre sus canciones preferidas están: Un estudiante murió del Conjunto la revuelta; Honrar la vida de Mercedes Sosa; Zamba para no morir de La maza; Pequeña serenata diurna de Silvio Rodríguez, Yo vengo a ofrecer mi corazón de Fito Páez, entre otras.

Es un anti uribista de Izquierda, amante del fútbol y de la buena salsa, sobre todo la cantada por: Willie colon, Héctor Lavoe, la selecta Raphy Levy... se interesa por sitios web como:
<https://www.facebook.com/watch/?v=2902828849757389>,
<https://www.las2orillas.co/carta-de-estanislao-zuleta-los-maestros/>.

Capítulo 4. Entre mujeres tejiendo la historia de Azul

3.1. Preámbulo

El Cali de los años 20 era muy distinto al de hoy especialmente diferente si es leída desde la mirada de una mujer.

A mediados de siglo, la ciudad abandonaba ese rostro juvenil y fresco que olía a campo y empezaba a mostrar ese estilo citadino, que para los 90 se había vuelto más urbanizado: de altos edificios, una tendencia que ya Bogotá y Medellín habían adoptado, aunque algunos sitios todavía guardaban ese aire arquitectónico que recordaba a siglos pasados. La influencia antioqueña y su diseño de poderío con grandes terratenientes, se mantendría en gran medida en la periferia de la ciudad o municipios aledaños.

Se alejaba prontamente de esa visión del campo y empezaba a poblarse, en un país que crecía aceleradamente entre 1905 y 2005, en el cual su porcentaje de mujeres seguía siendo mayor que el de hombres; su población era 7 veces superior que para finales del siglo anterior; alrededor de 1871 a 1904 la población se duplicó.

Cali en particular se nutría de colores nuevos no solo por sus altos edificios estilizados sino por el auge de emigración en distintas partes de la ciudad, adonde llegaban familias en busca de un porvenir mejor. El mal llamado “sueño americano”, o más bien caleño, que hizo de esta una ciudad pluri-étnica y multicultural como la Constitución Política reconocía a Colombia en 1991.

A finales de los noventa el Distrito de Aguablanca se extiende hacia lugares impensables, no aptos a veces para vivir, con poblaciones negras, afrodescendientes, indígenas y mestizas de distintas partes del país y hasta de la misma ciudad.

En 1991, en una sala del Hospital Departamental Universitario, nació Azul, adelantándose dos años a mi llegada al mundo. Mientras tanto, el país vivía una

época de renacimiento y cambio, el cual abrazaba ideales laicos y apostaba por fin a la diversidad cultural y al respeto por derechos como la libertad de expresión, la educación y la vida (por lo menos en el papel). La mujer de este siglo sería ciudadana de una nueva carta magna con el derecho a votar, decidir, participar en el poder, mientras el feminismo en sus distintas expresiones se alzaba, el hombre empezaba recién a cuestionarse sus lugares de poder y sus privilegios; esto último sería más complejo.

3.2. Mi amiga Cecilia (Doña Raquel)

Recuerdo aquel inolvidable día en que el olor de una arepa me llamó a la esquina del barrio El Vallado en el Distrito de Aguablanca: acababa de mudarme y doy gracias a la conspiración ya fuera divina o por la casualidad, de que una niña estuviera jugando mientras su madre trataba de trabajar. Ese día conocí a Cecilia, mi cómplice, mi amiga y compañera en muchos sentidos, en especial en la crianza conjunta de nuestros hijos: Azul, que tenía apenas dos años y Laura, la hija de mi amiga que era una bebé de casi un año. Con el tiempo, su casa fue en muchos aspectos, más la casa de Azul que la mía, tardaba horas jugando a las muñecas, a la cocinita y al profesor y rara vez los carros solían colarse en sus juegos infantiles. Desde aquella época nació una complicidad entre dos adultas y sus dos niños: Laura y Azul, Cecilia y yo, que perduró mucho después de su etapa escolar.

3.3. Las tres mosqueteras de Azul (Laura)

Recuerdo la primera vez que nos sentamos a tejer los cuatro: Raquel y Azul, mamá (Cecilia) y yo. Era como un diálogo silencioso; ellas con la estrecha necesidad de aportar para salir adelante y nosotros a regañadientes especialmente de parte él, que, con su entrecejo un poco fruncido, no era otra cosa que su expresión “me acaban de obligar hacerlo”. Por muchos años a lo largo de nuestra infancia, adolescencia y adultez fue un cuadro repetitivo para cualquiera que hiciera de espectador: la reunión de las tres mujeres y un hombre llamado Azul.

Azul nació el 4 de agosto de 1991 en Cali Valle, en el hospital Universitario. No era un bebé planeado y tampoco esperado, sus padres ya tenían un hijo mayor. Su papá cuando supo que su esposa estaba embarazada dijo: “espero que sea una niña para llamarla como tú”, pero nació un niño. Su madre siempre nos repetía: “era muy hermoso, y lo amé desde que lo colocaron en mi pecho, gordo, fuerte, con una melena de pelo hermosa”. En contraste con su padre, que muy poco se involucró en su crianza.

La diferencia de edades nunca fue un impedimento para nosotros. Yo era la única hija de mi padre y mi madre, campesinos trabajadores, nacida un 9 de enero de 1992. Fue así que no solo compartimos espacios de juego sino también momentos de estudios. A Azul siempre lo sentí como mi hermano, con el cual compartimos la misma soledad y vacío en cuanto al amor de nuestros padres; la natación, el baile y la catequesis se convirtieron en un refugio para huir de peligros de la calle.

Por algún tiempo estuvimos en polos opuestos, él atravesando su época de rebeldía y yo centrándome en el estudio, pero seguíamos siendo amigos, aunque su círculo pronto se había ampliado “ya le gustaban las niñas, era más delicado para el trato y empezó a preocuparse por su presentación personal” se echaba gel, loción... así transcurrió gran parte de su adolescencia y su entrada a la adultez.

En uno de esos días lo convencí de que debíamos inscribirnos a la universidad (Del Valle). Él con mucho desánimo aceptó, mientras yo ya me veía allá y como cosa del destino, yo debí abandonar la universidad a la vez que Azul empezaba a amar la carrera. Así era: dos polos opuestos otra vez, yo luchando por un porvenir para mi familia que por los graves problemas económicos sentía el deber de ayudar y él afianzado cada vez en el rumbo de la educación popular. Gracias a Dios mi madre era de esas que siempre pensó en el estudio como una opción, por ello yo ya tenía un auxiliar de enfermería, e igualmente Azul un técnico.

El tiempo había pasado volando. Un día Doña Raquel nos invitó al grado de Azul. Todavía recuerdo la emoción; no sé si por verlo con su título o por sus palabras, era como un triunfo colectivo.

3.4. Ellas (Doña Raquel)

La crianza de Azul fue con mucho amor y con mucha ayuda de Cecilia. Yo no estudié, entonces ella me ayudaba con las tareas y le enseñaba lo que yo no podía, mi hijo era travieso y me tocaba castigarlo, nunca tuve para darle lujos. Se metió en una academia de fútbol, deporte que terminó colándose en sus juegos adolescentes más que infantil, aunque esta faceta no duró, primordialmente por falta de dinero.

Azul entró a la universidad sin mucho ánimo, él quería estudiar otra cosa algo de dibujo, pero pues no había plata, eso fue una lucha, no quería ir a clases, pero alguien por ahí le insistió mucho y terminó convenciéndolo de que la única oportunidad que tenía era esa, la de ir a la universidad para poder salir adelante como yo le decía a él. Yo lo veía desde lejos como estudiaba.

Azul estuvo yendo a una comunidad a alfabetizar adultos mayores muy pobres, allí mi hijo cambió y entendió muchas cosas de la vejez, redescubriendo su vocación con ellos. Mientras él les enseñaba a escribir y a leer a esas personas, aprendió de amor y paciencia. Poco después se interesó por tener mayor experiencia y así termino llegando al CDI y sé que aprendió de los miedos de los padres, el cuidado de bebés siempre contó con el apoyo de sus compañeras y el mío. Extrañamente las mujeres siempre hicimos parte de la educación en su vida. Cuando al final terminó, me sentía tan feliz de que se graduara y sabía que una parte de este triunfo era nuestra. Tenía alma de mujeres rodeándolo.

Cuando trabajó con bebés en el CDI, me contaba que las compañeras le enseñaban lo mismo que yo le había dicho, pero con más detalle, que él todavía no tenía permitido ayudar a cambiar a los bebés, pero que sí podía alistar la ropita, los cepillos de dientes con crema, que él abrazaba mucho a los bebés y que ya lo

reconocían que ya le tenían confianza y que lo buscaban, yo sentía orgullo y felicidad porque mi hijo se veía feliz.

Yo le preguntaba que cómo le iba y él me decía: “bien amá”. Que tenía que dar de comer a los bebés, que tenía que ayudar a la hora del cambio, pero que estaba aprendiendo, que era muy duro porque él no era papá y no sabía de cuidar niños, yo le ofrecía toda mi ayuda si él quería. Yo podía explicarle cómo hacer muchas de las cosas que él tenía que hacer en su trabajo. Hasta que me pidió el favor de que le conversara de la crianza, entonces comencé por contarle la de él, le decía que él era un bebé muy juicioso, que muy temprano lo bañaba, lo vestía muy lindo, lo peinaba, le daba de comer y se ponía a jugar solito con sus carritos, que a la guardería no lo había metido porque yo para eso estaba en la casa para cuidarlo; también le aconsejaba tener mucha paciencia con los bebés, que nada de gritos, malas caras o regaños porque los asustaba o le cogían miedo, que les cantara canciones para niños, que yo lo hacía mucho con él, que fuera muy amoroso y que les hablara pasito con voz baja y cosas así le dije cuando hablé con él esa vez”.

Tiempo después empezó a abrir sus horizontes para atender a jóvenes a pesar de que ya llevaba bastante en el CDI. Su despedida fue muy triste. Las madres quedaron muy agradecidas. Mi hijo es un gran orgullo para mí y un excelente maestro, también creo que será un padre ejemplar, con todo lo que allí aprendió. Como hombre es muy consciente de que no solo es trabajar y aportar a la casa como su papá, sino que también puede ayudar en todo lo que una madre o mujer puede hacer en el hogar y con la crianza y educación de los hijos.

3.5. Una casualidad o una causa (Laura)

(...) el tiempo fue pasando y llegó la época de ir a estudiar y yo quería, pasaba diciendo que me metieran a donde las monjas que yo quería ir a estudiar, pues ya sabía leer, escribir, los números y sumar. Resulta que me metieron al colegio con Azul. Allí estuvimos toda la vida juntos. Hacíamos tareas juntos, mi mamá le enseñó a leer a Azul. Hacíamos todo juntos: tareas, exposiciones, talleres, y hasta

los exámenes, estudiábamos juntos, Azul no era tan ágil para estudiar, pero yo lo apoyaba (...).

...Después de casi cinco años de ausencia volví a la Universidad del Valle con problemas para adaptarme. Ya no era aquella jovencita llena de sueños, sino una mujer que había trabajado y sufrido por dos. En uno de esos días tratando de que pensar sobre qué hacer de mi trabajo de grado después de cambiar de tema, por segunda vez, una casualidad hizo que estuviera trabajando dos años y medio en el mismo CDI de Azul. Estaba desesperada hablando con él, quien me dio una idea diciendo: “sería interesante contar la historia de un educador popular que trabajó con la primera infancia” y aquí estoy: contando la historia, pero sin él, porque ya no tenía tiempo.

3.6. Azul y el cuidado de la primera infancia (La jefa)

Él siempre fue un profesor que demostró dedicación y ganas de aprender sobre lo que se hacía en el CDI: toda la parte pedagógica, los formatos que teníamos de planeación que en ese tiempo se llenaban en físico, teníamos que escribir a mano y en ocasiones nos reuníamos a hacer planeaciones en conjunto. Por ser hombre y no tener experiencia en primera infancia, sentía temor de no tener ideas para las actividades que se podían realizar con los niños de esa edad. Tuvimos la oportunidad de decorar el salón con móviles, recuerdo la vez de los móviles de estrellas, el sol y la luna, la auxiliar pedagógica realizaba los dibujos y los docentes los recortábamos y él era muy perfeccionista en cuanto a eso, tenía que recortar bien por la línea y no le podía quedar ni un poquito torcido, porque le daba rabia y decía que no podía hacerlo. Se nos ocurrió la idea de echarle escarcha a las lunas y ese día nos reímos mucho, porque él se esforzaba porque no le quedara ni un espacio sin escarcha y terminaba con escarcha por todos lados hasta en la cabeza, y decía que por qué se nos había ocurrido hacer eso así, que él no volvería a trabajar con escarcha, lo más gracioso fue cuando los colgamos por que como él era grande y cuando pasaba por el lado de algún móvil le caía escarcha y le daba desespero.

Había padres que no aceptaban esas dificultades de forma sencilla, pues un día mordieron a un niño y la madre solo dijo” y yo ahora como le digo al papá” y ella se puso a llorar, en ese momento descubrimos que el papá se enojaba mucho y lastimaba a la mamá por lo que le pasara al niño. En ese momento él también entendió que ser madre no era sencillo y él decía: “de verdad los hijos son, no solo de la mamá”.

En ocasiones los padres mostraban un poco de preocupación, porque nunca les había tocado a sus hijos con un profesor que fuera hombre. En especial se alarmaron los padres que sobreprotegían a las niñas y les preocupaba el momento del cambio de ropa y la compañía al baño hacer sus necesidades ya que en la casa la que se encarga de eso es “naturalmente” una mujer, sea la madre, la hermana, la tía o la abuela (...).

Cuando le enseñamos a cambiar los pañales lo hizo con tanta delicadeza y pulcritud... se colocó los guantes de látex que se utilizaban para el cambio, primero la auxiliar le explicó cómo hacerlo en teoría y de repente comenzó a sudar y empezó a hablarle a los niños a decirles “nos vamos a cambiar el pañal” y ellos solo lo miraron y empezaron a correr. Entonces él cogió los pañales, los acomodó junto a los pañitos, acomodó la colchoneta y acostó al primero y le quitó el pañal, haciendo unas caras de fastidio y de risa que todos en el salón nos reíamos en ese momento y muy delicadamente lo limpió y le decía “no se vaya a mover” ... ¡hasta lo grabamos! pero fue en cuestión de unos días que él aprendió a quitar los pañales y bañar a los niños.

Con él, siempre se cumplieron todos los momentos de la rutina de los niños, cuando llegábamos cantábamos. Él aprendió las diferentes canciones. La que más le llamaba la atención era la canción del cocodrilo, que dice: “un cocodrilo Cirilo viene nadando... y nombra otros animales y al final el zancudo pasa picando...” y les hacía cosquillas a los niños y ellos se paraban para que él les hiciera cosquillas y se desordenaban. Después de cantar se lavaban las manos, él los sentaba a todos y les echaba jabón. Los momentos de alimentación al principio para él fueron muy difíciles, pues él quiso enseñarles a los niños a aceptar todos los alimentos y ellos

botaban la comida al suelo o se la tiraban encima y él sufría, porque decía que en casa ellos no tenían para comer y aquí se les daba todo y no comían y que se iban a enfermar.

En ese año nos unimos para la celebración en Halloween, donde les realizamos unas bolsitas a los niños con tela quirúrgica naranja y les colocaron la huellita los niños con pintura negra, pero cuando ya estábamos terminando dijo él “¿y cómo vamos a hacer con Miguel Ángel? él es un niño que va a la iglesia y la mamá no va a aceptar” A él le preocupaba cada detalle con las familias y con los niños, no pasaba en alto ninguno, entonces se decidió solo darle los dulces”.

Había un niño que se llamaba Miguel Ángel cuyos padres siempre mostraron sobreprotegerlo, cuando lo entregaron a Azul por primera vez ambos le dijeron en la entrada “me cuida mucho mi bebé, que no me le pase nada” y el niño se quedó llorando ese día, en un momento de juego al niño le mordieron la mejilla y él se quedó pensando en cómo decirle a la mamá; Él estaba tan angustiado por la reacción que fuera a tomar la señora, pero llegó a recogerlo el papá y solo dijo “esperemos a ver qué dice la mamá” ese día después de que se fueron todos los niños, él se quedó pensativo, reflexionando de su quehacer como educador, pensando también qué iba a decir la mamá de Miguel. Al día siguiente, él se sentía tan triste, pensaba que era un descuido suyo en un momento de juego libre y por no entender bien las dinámicas de los niños, lo estresaba pensar lo que diría esa señora, pero lo único que dijo ella fue que ella sabía que eso podía pasar y que él trataba muy bien a los niños, que todo era un proceso que él iría entendiendo, que eso solo lo saben las mamás, que estaba segura de que no era descuido.

(...) él tenía un niño que era más pequeño que los otros se llama Juan Felipe, quien tenía una enfermedad visual y era pequeño y delgado para su edad. Tenía que mantener con el niño cargado o al ladito los días que duró el niño, porque no caminaba bien y todos los niños lo cogían como un bebé y lo tumbaban, o lo mordían. Ese fue un caso muy especial para él porque toda su atención estaba puesta en ese niño, todas estábamos pendientes de apoyarlo, era el último niño que Azul bañaba y vestía para dormir; siempre nos reíamos mucho por que el niño tenía ropa

de bebé y él no sabía cómo vestirlo y como ponerle los overoles, pero con ese niño solo duró dos meses.

Antes de pintar a los niños, les quitamos la camisa y en el momento de bañarlos solo se les quitaba el pantalón y se colocaban en el lavacolas. Él los bañaba, con mucha delicadeza, como si fueran los hijos de él.

A ninguna de las personas que ingresaban a trabajar en el CDI se les brindaba apoyos, en ese tiempo no se tenían ni asesores pedagógicos para apoyar los procesos de construcción de los documentos de planeación, que había que explicarles muy bien y describir todos los momentos de la rutina. Los hombres tenían que realizar lo mismo que las mujeres y si no sabían tenían que aprender. (...) Recuerdo que para diligenciar la escala cualitativa que es un formato para llenar ítems del desarrollo infantil nos tocó sentarnos y explicarle paso a paso cómo tenía que hacer para llenar el formato y él preguntaba porque no le quedaba claro en qué momento debía pintar los cuadritos, pero cuando ya había hecho unos 3, dejó de preguntar y entendió cómo hacerlo. El apoyo que recibía era solo el de sus compañeras, que claramente estábamos dispuestas a explicarle cómo hacer las cosas.

Capítulo 5. Interpretación: Cuidado y Género - Retos y Prejuicios

Tal como d'Argemir (1993) señala, el concepto de cuidado se encuentra estrechamente ligado a la construcción social del género, que se ve mediada por las edades, las formas de poder y las relaciones generacionales, es decir se define desde lo que se concibe como ser hombre y mujer y a su vez determina si es percibida como trabajo o no. En esa medida, al referirnos a la historia de Azul nos encontramos dos retos interpretativos: romper la línea imaginaria entre ser hombre y mujer desde la construcción social, y romper la noción de cuidado como un conjunto de habilidades adscritas a la vida doméstica.

En el imaginario social imperante, se genera una doble postura protección/opresión social, que naturaliza cierta libertad en cuanto al actuar al hombre, y que la mujer a su vez vive desde la restricción. Algo denota la expresión de la mamá de Azul al referirse al padre y su deseo de tener una niña, cuando esto no sucede se delega, o más bien se deja el cuidado a la madre, o sea se crea una falta de atención que nos refiere a d'Árgemir (1993) cuando señala:

El apoyo y el cuidado demandan tanto amor como trabajo, tanto sentimiento como actividad. Por un lado, contribuyen a la definición de la “persona” y de las relaciones sociales que la integran (producción de identidades). Por otro lado, son parte integral del proceso por el que la sociedad se reproduce a sí misma y mantiene la salud mental y física de su fuerza de trabajo (reproducción social). En el marco de la división social del trabajo, el apoyo y el cuidado tienen consecuencias particulares para la identidad y actividad de las mujeres, constituyendo un aspecto fundamental en la construcción social del género (p. 67).

En contraste con Laura, cuyo padre ejerce el rol cuidador desde ese espacio protector, de manera más fuerte.

D'Argemir reconoce un principio importante del cuidado que él denomina **asistencia**. Al reflexionar sobre el cuidado a través de la historia de Azul, debemos reconocer cómo ese tejido hilvanado mayormente desde el espacio femenino genera

en él la necesidad y la valoración del cuidado no solo desde la esfera remunerada, sino también social. Crece sin conflictuarse con ese concepto de dependencia y rivaliza con esa noción y atributos del “ser hombre” que hace que el cuidado en las distintas esferas sea señalado, ridiculizado y hasta blasfemo cuando tiene *cara de hombre*. Es allí que estas mujeres que intervienen en los espacios de interacción de Azul cumplen un rol fundamental al deconstruir/desdibujar esos estereotipos e imaginarios que imbrican con la definición de ser hombre.

Además, juegan un papel importante desde sus primeros años de vida como es el jugar con Laura a las muñecas, el cuestionarse su cuidado físico en la etapa de adolescencia y el trato con sus pares, que transitan en situaciones puntuales como el ritual del despertar sexual...aspectos que evidencian cómo se construye esa identidad de cuidador alrededor de este círculo mujeres, cómo usa la voz con otra perspectiva diferente de la dominación y también cómo esos valores que asume en sus patrones de crianza lo preparan para el cuidado, sea social o remunerado.

Al mismo tiempo, no abandona su papel de hombre, sino que lo ejerce desde otra postura, que valora ese espacio femenino y a su vez hace que construya una comprensión del cuidado no como algo dado desde una esfera divina para las mujeres, sino como una construcción social. Es allí donde aprende a retribuir ese cuidado, lo que hace que deje ser un favor y se convierta en parte de sus principios de vida.

En esa construcción del cuidado en la historia de Azul, se retan algunos grandes prejuicios que acompañan la noción del cuidado que se ve mediada desde los mandatos de género hegemónicos en nuestra sociedad.

4.1. Cuidado atribuido a mujeres y feminizado.

Como se menciona anteriormente, el cuidado al igual que la construcción de hombre y mujer son un producto social, es decir son resultados de una construcción social que crea un papel tanto para el hombre como para la mujer y en esa medida unos criterios, principios o valores que hacen que encajen en una sociedad en donde el cuidado como afirma D’Argemir “son un elemento importante

para entender la construcción social del género, ya que hombres y mujeres se encuentra implicados de forma distinta en lo que conceptualmente se define como trabajo o cuidado” (p. 66).

La pregunta aquí es ¿cómo se encuentran implicados hombres y mujeres desde el mandato social del género? Debemos empezar señalando esa gran carga social que se le da a la mujer cuando la función y responsabilidad del cuidado es atribuido solamente a ella. En esta historia el ejemplo más palpable es el de la madre de Azul: una mujer con dos hijos y un marido; encargada del cuidado del hogar, de sus hijos y esposo, además de trabajar de manera remunerada ¿en esa larga lista queda espacio para cuidar de ella como persona y mujer? La respuesta devela una injusticia social que experimentan a diario millones de mujeres y que Buquet (2016) lo reconoce como mecanismos de preservación de las diferencias de género, es decir:

La identidad de género produce la afirmación de la diferencia de los hombres con respecto a las mujeres y de las mujeres con respecto a los hombres. Unas y otros reajustarán su identidad a los modelos vigentes para permanecer y ser parte de uno u otro colectivo, o sea, del grupo de los hombres o del grupo de las mujeres (pp. 35-36).

En el caso del cuidado pasa lo mismo: aquellos hombres que son capaces de afrontar y transgredir esas líneas y fronteras socialmente creadas son señalizados e inferiorizados con respecto a su virilidad y masculinidad, y la misma situación ocurre con las mujeres, es decir que al no encajar con esos cánones sociales a los que son ligados son castigados y excluidos. Es decir:

Los hombres que transgreden su identidad masculina y se deslizan hacia los significados de la feminidad podrán ser sancionados y poner en juego su aceptabilidad social, quedando al margen del colectivo de los hombres, o reajustarán su identidad para permanecer en el grupo identitario marcado por la virilidad y la superioridad masculina (Buquet, 2016, p. 36).

La feminidad en el hombre es satanizada y es símbolo de inferioridad, pero la masculinidad en cuerpo de mujer es símbolo de fuerza. De ahí que al referirnos

a la historia de Azul explicaremos como se deconstruye y construye otro tipo de masculinidad al iniciar la oposición contra este tipo de prejuicio:

Papel de la maternidad

Desde aquella esquina del barrio El Vallado doña Raquel y doña Cecilia realizaron un acuerdo de construcción de vida común, que hace referencia a otro tipo de cuidado que fue heredado a Azul, el entendimiento y la certeza de un sostén de madres que criaron colectivamente a sus dos hijos (Laura y Azul), y en cierta manera “le enseñaron del mundo, con íntima cercanía por encima de los tabúes y normas sociales” (Lagarde, 2006, P 124). Este acuerdo responde a la pregunta planteada por Lagarde al hablar de relacionamientos entre mujeres ¿Qué es de las mujeres con el amor de otras mujeres? En este caso, el ejemplo es claro: el establecimiento de un **pacto entre mujeres**, que se desliga de “las formas excluyentes, sectarias, supremacistas y violentas de enfrentar la disidencia y los conflictos” (p. 125). Imbrica la solidaridad como génesis y cimiento de esa relación entre mujeres, “La sororidad emerge como alternativa a la política que impide a las mujeres la identificación positiva de género, el reconocimiento, la agregación en sintonía y la alianza” (ibid.). que se refleja no solo en el cuidado psicológico que se refiere a esas pautas de crianza, valores y principios inculcados, sino también a ese cuidado material expresado en la capacidad de generar ingresos económicos para la crianza de sus hijos. Una ética política de cuidado, sororidad e igualdad, que como Lagarde señala, en esta historia de vida fue extendida e internalizada por una mujer (Laura) y por un hombre (Azul), lo que posibilitó en el último nuevas formas de construir su masculinidad. Este pacto de mujeres es el nuevo reto para enfrentar el prejuicio del no reconocimiento entre mujeres, la desunión fomentada por un sistema patriarcal que prohíbe e incita a la negación del pacto entre mujeres.

Relaciones de pares en la crianza

Desde muy niño el proceso de crianza y desarrollo de Azul fue en compañía de Laura, este aspecto de construcción de relación de pares con el género opuesto

se trasladó al colegio, a la universidad y al trabajo con la presencia de sus compañeras maestras, quienes ayudaron en su proceso de adaptación y aprendizaje.

Se reta aquí la binariedad hombre mujer, y las características que componen lo masculino y femenino; el modo de transitar y ver la vida, que hicieron que Azul entendiera el cuidado e inherentemente el ser desde otra perspectiva, porque, así como Lagarde habla de ese pacto de mujeres, desde esta historia se invita a ese **pacto de hombres con mujeres**, que se refiere a otro tipo de relaciones muy distintas a las que promueve el sistema patriarcal. Entonces el aprendizaje en este apartado es la posibilidad de generar relaciones de pares desde la equidad y la igualdad, concebida tanto en el escenario público como privado.

Es hora de empezar a dejar de actuar en un sentido hegemónico, ya sea hombre o mujer, o sea esas prácticas impuestas y/o auto impuestas; y que se inicie a actuar en sentido de lo que quiero ser. “Esto es un reto para estas nuevas masculinidades: hombres que actúen a partir de la crítica de los significados tradicionales de la masculinidad y de la feminidad” (Buquet, 2016).

Relación de pares profesionales

¿Es posible ver las profesiones sin tener en cuenta la relación de género? El concepto de género se refiere a la construcción social y cultural que organiza nociones sobre lo “propio” de lo masculino y de lo femenino a partir de la diferencia sexual (Lamas, 2000). El mismo supone definiciones que abarcan tanto la esfera individual (incluyendo la subjetividad, la construcción de identidades y el significado que una cultura le otorga a los cuerpos), como también la esfera social (que influye en la división del trabajo, la distribución de los recursos y la definición de jerarquías entre hombres y mujeres) (Faur, 2004, p. 75).

El género constituye un condicionamiento en el desarrollo y posibilidad de la práctica de la profesión. Sin embargo, el género no debe definirnos; este tercer prejuicio lo rompe Azul cuando asume su rol de docente desde tres perspectivas: trabajar con primera infancia, trabajar a partir del cuidado y ejercer el papel de docente, primordialmente en una sociedad patriarcal que realiza una división notoria entre la actividad masculina vinculada a la esfera mercantil, y la actividad

femenina asociada a la esfera familiar, en esa medida también configura el nivel de reconocimiento en este caso el trabajo que debe ser remunerado y no remunerado.

De ahí que, el cuidado al relacionarse con el trabajo remunerado y la actividad masculina toma otra connotación negativa como decíamos antes, especialmente el cuidado ligado a la primera infancia. Romper con estos prejuicios y ser capaces de asumir su rol se establece como un reto doble, desdibuja esas líneas de división de trabajo e incentiva nuevas solidaridades entre géneros. Promueve por un lado la sororidad, ya no solo entre mujeres, sino entre hombres y mujeres en estos espacios que son negados para hombres. Trabajar en un espacio público dedicado al cuidado de la primera infancia permite a Azul transitar por estos tres tipos de cuidado que social y divinamente son otorgados a la mujer: “los cuidados materiales, lo que implica un trabajo; los cuidados económicos, que representan un costo económico, y los cuidados psicológicos, que conllevan un vínculo afectivo, emotivo, sentimental” (Batthyány, 2021, p. 50).

4.2. Hombres ligados al control y la protección, no al cuidado

Un rasgo determinante en la construcción del sistema patriarcal es la jerarquía que establece entre hombre y mujer, lo masculino y lo femenino, jerarquía que se complejiza cuando interactúa con otros sistemas de opresión como la clase y el racismo.

Este entrecruzamiento crea múltiples niveles y experiencias de opresión de los sujetos, quienes se enfrentan en su historia de vida a categorías de diferenciación social como lo étnico-racial, el nivel económico, el lugar procedencia, etc.

Es decir “la esencia del patriarcado es la autoridad masculina como eje de poder en la familia, en la comunidad, en el grupo social y en el sistema social” (Castells, en Fundación Juan Vives Suriá, 2010, p. 58).

Ligado esto al control y protección asignados como rasgos de la masculinidad, habla de un autoritarismo que limita la autonomía del otro/otra, que no se encuentra en su mismo nivel jerárquico, lo que hace generar dependencias, relaciones de poder

asimétricas y trabas para el crecimiento en libertad de quienes se encuentran en posiciones subordinadas. Mirando más en detalle tales relaciones de poder, se puede ver que tampoco hay desarrollo armónico ni autónomo de los hombres con masculinidades hegemónicas, quienes ostentan miedos a perder su autoridad, dependencia de los cuidados ajenos y poco desarrollo de habilidades emocionales, entre otras experiencias limitantes de su felicidad.

Papel del padre

La construcción sociocultural de lo masculino, el ser hombre, ha sido reiteradamente ligado al poder, el privilegio y la opresión con respecto al otro género, que como Salguero resalta genera desigualdad en ambos, dado que “la vida de los hombres habla de una realidad diferente; existe una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder” (Kaufman, en Salguero, 2008, p. 240).

En esa medida, “el ser hombre” presenta contradicciones sociales al momento de definir atributos y características de lo masculino, tal como el autor señala y se evidencia en esta historia de vida que se vincula con:

La relación padre e hijo/hija

Ese debe ser de Salguero (2008), que nos habla de esas obligaciones -a su vez prohibiciones sociales- al que es expuesto el hombre principalmente en el espacio público, afectan de una u otra manera el espacio privado; la familia, el espacio doméstico, que pone en contraste y en crítica-reflexiva el costo social y material que enfrentan los hombres en el escenario familiar desde su postura de proveedor, pero también en su papel como pareja y padre.

El “deber ser” resulta muy costoso y en ocasiones imposible de alcanzar, ya que no siempre los varones obtienen el tan anhelado éxito público a través del trabajo y en ocasiones sus ingresos no les permiten cumplir con su responsabilidad familiar; además, sus parejas femeninas cuestionan cada vez más su actuación como hombres no sólo en el plano económico, sino también porque muchas veces se muestran

distantes y poco comprometidos en cuanto al tiempo, afecto y entrega, sobre todo cuando son padres (Salguero, 2008, p. 242).

En este tipo de relación padre e hijo/hija más que de pareja, realizaremos énfasis a continuación, dado que en la historia de Azul muestra una dualidad:

La relación de Azul con su padre

La relación de Azul con su padre habla de distancias desde la voz de su madre, una que asocia a la determinación del sexo, en cierta forma cuando señala:

La crianza de Azul fue con mucho amor y con mucha ayuda de Cecilia, yo no estudié entonces ella me ayudaba con las tareas y le enseñaba lo que yo no podía, mi hijo era travieso y me tocaba castigarlo, nunca tuve para darle lujos ni comprarle juguetes, entonces colocaba un globito de papel al frente del ventilador todo el día y el recibo me llegaba por las nubes... Mi esposo nunca se metió a enseñarle nada ni decía nada respecto a él, más bien fue poco cariñoso con él.

Este último enunciado se relaciona con la afirmación de Salguero (2008) cuando reconoce como un atributo o característica de lo masculino el centrarse “en el poder, el dominio, la superioridad, la fortaleza, la virilidad y la carencia de emociones y sentimientos” (p. 241), que hacen que en cierta forma esté ausente la figura del patriarca en esta historia, pero su efecto siga presente aún, traducida en la misma ausencia y silencio del padre. En la figura distante y mencionada con cierto temor por la madre de Azul, se translucen los rasgos de las paternidades patriarcales.

La relación de Laura con su padre:

En contraste con lo anterior, la relación de Laura y su padre habla de una presencia constante que en ciertos momentos vislumbra matices de masculinidad emergente, pero que se encuentra imbricada con esa masculinidad tradicional, es decir que varía entre el deseo de protección arraigado que asocia también la definición del género en primera medida, y la posibilidad que otorga de explorar otros rasgos que socioculturalmente están negados y asignados para lo femenino, que se traduce para algunos en el uso de un color (rosado) o juguete (una muñeca). En esa medida es interesante este tipo de masculinidad

que emerge en el ejercicio de otra paternidad muy cercana en la historia de Azul, y que coincide con Salgado (2008) cuando menciona que la construcción del ser hombre debe estar mediado por unos atributos femeninos y masculinos en equilibrio, o sea:

También existe un espectro de alternativas con respecto al cuidado del otro y la empatía, rasgos atribuidos a lo femenino, pero que también forman parte de las representaciones de la masculinidad, en la cual se integra el aspecto doméstico que se asocia con la familia (matrimonio y paternidad), constituyendo así el núcleo de los afectos, el amor, la autoridad, la protección y el respeto como parte de la responsabilidad. Para algunos varones el matrimonio es un paso necesario para llegar a ser un hombre pleno; si bien la vida conyugal implica responsabilidades, preocupaciones y disminución de la libertad personal, los varones aceptan intercambiarlas por el amor, el reconocimiento y para sentirse hombres “de verdad” (Fuller, en Salgado, 2008, p. 241).

En definitiva, esta es una de las primeras formas de masculinidad que conoce Azul, una que se asume o intenta pararse desde otra postura, entendiendo que realizar un tránsito como este es complejo especialmente cuando se refiere a la relación padre e hijo, en otras palabras, de “hombre a hombre”. Tiene que ver también con esa construcción de lo femenino, y esa exaltación de lo masculino. Por ejemplo:

Cuando mi papá salía yo me iba con él a cortar pasto en la parrilla de la bicicleta, a pesar de las necesidades paseábamos cada fin de semana los tres, o mis tíos venían a ver a mi papá, o íbamos a la finca de mi abuelo materno, pero siempre estuve con mi padre y con mi madre. Él era muy pendiente que comiera bien, y me daba también muchos dulces que aunque malos era su forma de darme de lo único que tenía y demostrarme su amor, algo muy hermoso que no se puede pasar: mi padre embolaba mis zapatos para ir muy linda al colegio, lo hizo hasta que terminé bachillerato, también me compraba zapatos de hebilla o velcro para que no tuviera que amarrar cordones porque al ser zurda se me dificultó siempre, me hacía teteros ... los mejores , leche, claro de maíz y azúcar tibio, él se encargaba de eso también hasta los siete años, su monedita de doscientos pesos todos los días para que me tomara la gaseosa, cuando me sacaba del colegio para llevarme al descanso a tomar tetero y volver, cuando me daba una bebida terrible para la tos y curarme, cuando crecí y no encontró más que regalarme cada mes sino tres clases de maní en cada pago (Laura).

Lo que refiere Laura en su entrevista revela la dualidad del ejercicio de la paternidad, cuidado y dependencia, nos habla de un aspecto del patriarcado que según Fundación Juan Vives Suriá (2010) el hombre es autoridad y eje central de la vida en sociedad, mientras la mujer es sometida y subordinada. Cuando los papeles se intercambian y la mujer asume los rasgos antes mencionados, el modo de señalamiento es distinto a cuando el hombre asume el cuidado social/emocional traducido en la empatía, en la no necesidad de la autoridad como se define en el patriarcado, o sea la capacidad para decidir “quién es quién, qué lugar se le asigna a cada cual, incluidos ellos mismos” (Sau, en Fundación Juan Vives Suriá, 2010, p. 59)

La relación de Azul con su masculinidad

Las relaciones que plantea Azul en sus distintos escenarios hablan del respeto de ese otro/otra en sus diversidades y diferencias. Un ejemplo es su relación de camaradería con las docentes compañeras de trabajo. Esto mismo se replica en el trabajo que realizó con adultos mayores en procesos de alfabetización realizados para su trabajo de grado. Nos refiere a relaciones que priorizan: el respeto, la dignidad del otro/otra y el amor por aquello que se hace.

En el relato de doña Raquel, esta destaca cómo en el trabajo de alfabetización, Azul se permitió el cambio, el aprendizaje de las personas adultas mayores, lo que le aportó paciencia, valoración y respeto por las generaciones anteriores.

Esta posibilidad del respeto y reconocimiento a las personas mayores venía abonada gracias a que durante su crianza y crecimiento interactúa con mujeres capaces de romper con ciertos estigmas y estereotipos asociados a lo femenino, entre ellos el control de la economía. Desde el inicio de la historia, Cecilia, esa otra madre que lo crio, se muestra como mujer echada “pa’delante”, trabajadora e independiente y esto en cierta forma se proyecta en Doña Raquel y en Laura, quien no solamente trabaja tejiendo con las mayores y Azul, sino que se desempeña como auxiliar de enfermería desde muy joven.

Es decir, que las mujeres que rodean a Azul son mujeres que muestran esa lucha cotidiana y simple contra ese control económico de la autoridad masculina, impuesto por el orden de género que se adueña de la vida, la sexualidad, del conocimiento y de la

subjetividad. Todas estas historias influyen positivamente la identidad construida por Azul (Sagot, 2017, p. 178).

En definitiva, esta pequeña historia es una muestra de los miles de luchas libradas contra esta sociedad hegemónica, capitalista y neoliberal que se cimenta a partir del uso de los otros/otras como capital y/o recurso a dominar, explotar y sobreexplotar. En el caso de los hombres es necesario una doble acción: abandonar su posición de privilegio en relación con la mujer con respecto a la llamada “protección” que no es más que otro tipo de control camuflado, y por parte de los hombres que inciden no solo en las decisiones familiares, en los recursos, sino también en el cuerpo de las mujeres.

4.3. Orden de género naturalizado y sobrenaturalizado

Los estereotipos e imaginarios sociales son “concepciones preconcebidas acerca de cómo son y cómo deben comportarse las mujeres y los hombres” (Instituto Nacional de Mujeres, 2007, p. 2).

Tal como los autores señalan, no son elecciones conscientes sino producto de los espacios en que interactúa el individuo. Debemos resaltar que Azul convivió en sus años de crianza, adolescencia y adultez en espacios donde la palabra de la mujer es respetada y oída; tanto la mujer como el hombre tienen un papel importante y la relación entre géneros parte desde el respeto”. (Lamas, 2002) realiza una reiteración al decir que,

“El papel (rol) de género se configura con el conjunto de normas y prescripciones que dictan la sociedad y la cultura sobre el comportamiento femenino o masculino. Aunque hay variantes de acuerdo con la cultura, la clase social, el grupo étnico y hasta el estrato generacional de las personas, se puede sostener una división básica que corresponde a la división sexual del trabajo más primitiva: las mujeres paren a los hijos y, por lo tanto, los cuidan: ergo, lo femenino es lo maternal, lo doméstico, contrapuesto con lo masculino, que se identifica con lo público. La dicotomía masculino-femenino, con sus variantes establece estereotipos, las más de las veces rígidos, que condicionan los papeles y limitan las potencialidades humanas de las personas al estimular o reprimir los comportamientos en función de su adecuación al género” (p. 33).

Por ello señalaremos a continuación algunos imaginarios y estereotipos que se presentan en esta historia de vida o que ejercen un papel relevante dentro de ella:

Negación de lo femenino. Empieza desde su propio cuerpo y su espacio privado. Este estereotipo está fuertemente arraigado en el sistema sociocultural. Tanto mujeres como hombres buscan negar aquello asociado a lo femenino cuando se refiere al cuerpo del hombre. Así mismo los espacios y actividades que se ejercen en el ámbito más íntimo. En la historia de Azul, este estereotipo fue retado por hechos muy diferentes como: el tejer colectivamente con sus dos figuras maternas y la niña, jugar con juguetes que normalmente no han sido designados para niños, vivir en territorio femenino y no ser un extraño, sino uno más. Esto permitió que Azul viviera una experiencia de niñez, adolescencia e ingreso a la adultez con presencia constante y abrazadora de mujeres, lo que remarco fuertemente el cuidado de otros y otras, y el cuidado de su propio cuerpo. Algo que es negado en muchos aspectos a la mujer, especialmente cuando está ligado al cuidado. Hecho que evidencia Según el Instituto Nacional de las Mujeres (INAMU) (2003):

La omnipotencia es la que posibilita a las mujeres a encontrar excesivas estrategias para sostener a los otros, las estimula a estar alertas, ágiles y creativas para resolver lo que se presente. El problema no está en tener tanta capacidad de trabajo, de creatividad y de iniciativa, el problema está en que: No se ha enseñado a las mujeres a dirigir todo ese potencial hacia su propio desarrollo personal (en Chaves, 2012, p. 9).

Patrones/discriminación de género. Debemos entender que la discriminación parte de la base de la no aceptación del otro/otra desde su diversidad y diferencia en este caso, las construcciones sociales sobre lo masculino y femenino, también quienes no se sienten dentro de esta binariedad. Por esto, cuando un hombre asume la responsabilidad de la casa, no de manera material sino social, o sea ligada al cuidado doméstico y/o afectivo, es considerado de parte de hombres y mujeres que aun transitan y se encuentran dentro del orden patriarcal hegemónico como: amanerado, fémico, homosexual, loca, una vergüenza masculina, poco hombre.

Estos discursos y las prácticas represivas que desencadenan actúan como correas de transmisión de los mandatos sociales, que sostienen la creencia de que el orden patriarcal

es algo natural y/o divino. De este modo, el ser hombre y asumir la función social de la masculinidad ya dada, debe ser indiscutible. Lo cierto en esto es que esa conciencia de “hombre” y “mujer” que aquí se ha expuesto, se mueve a partir del miedo a dejar de ocupar ese lugar que es “suyo”, que ha sido dado y aceptado socialmente. Sin embargo, cada vez es más evidente que este orden de género constituye una forma de discriminar a ese otro/otra y de coartar su libertad y autonomía para decidir por sí solo, dado que alguien ya lo hizo previamente.

La voz en las relaciones de poder. Dentro de las relaciones de género la voz juega un rol importante en la determinación de la autoridad frente al otro/otra. Demuestra cierto dominio y autoridad, especialmente cuando está asociada a un cuerpo de hombre. Si a esto se agrega un cuerpo de hombre con una estatura y condición física “masculina” en cuanto a dimensiones, movimientos, capacidades y virilidad, se refuerza una autoridad construida en el imaginario social:

Una voz fuerte y con autoridad corresponde al prototipo de hombre masculino. Una voz suave y dócil corresponde al prototipo de mujer femenina. El no entrar dentro de esta clasificación te pone en una situación de incomodidad, risa y hasta burla; la cuestión aquí es aprender a usar su voz no para ejercer ese tipo de autoridad que con solo oírla tiemblen de miedo, sino sentimientos de empatía y seguridad; este rasgo es algo que logra Azul a pesar de su contextura alta, un poco musculoso y la tonalidad de su voz, hecho que mencionan sus compañeras de trabajo como un atributo que logró generar rápidamente confianza entre los niños y niñas de primera infancia que atendió y entre las madres y acudientes.

Esto vuelve a poner sobre el tapete ese senti-pensarse lo que quieres ser y no lo que debes ser, por ejemplo: ese “baja la voz, suenas como hombre” que muchas mujeres escuchamos, o “uy te oyes como chica”, en definitiva, el sistema patriarcal de género es tan dominante que hasta define nuestra forma de hablar, correr y movernos, esta capacidad de captación y uniformidad es un asunto que debemos cuestionarnos e incentivar a otros/otras a hacerlo. Y Azul lo logra de manera orgánica, o sea sirviendo de modelo en su modo de actuar. La autoridad entonces no es necesario ejercerla desde la fuerza, sino más bien desde el amor y el respeto al otro/otra.

Mandatos de género sobre la masculinidad. El género es entonces un sistema de valores, creencias y principios que se cimentan dentro una sociedad que naturaliza, es decir normaliza que el poder sea para el hombre y la sumisión para la mujer, de la misma manera que si un hombre mató a una mujer la sociedad piensa que “por algo sería”, que el hombre tiene derecho a ser infiel y se le considera por ello el gran macho, y si es la mujer la infiel es una “perra”. En esa medida hemos llegado a tal punto socioculturalmente de la exacerbación del poder del hombre con respecto a la mujer y lo femenino, que se presenta como un orden sobrenatural, divino, incuestionable, por encima de supuestos, principios y valores éticos. Esta ubicación de la subordinación femenina en el nivel de lo divino, en la esfera espiritual, ha hecho que instituciones sociales como las iglesias, las familias, la educación y la comunicación, prolonguen y perpetúen esa sobre naturalización, de la exageración del poder del hombre sobre la mujer y sobre todo lo que se ha construido culturalmente como inferior: la infancia, los cuerpos racializados, las demás especies.

Al asociar la masculinidad al dominio, este orden de género la liga al uso de la fuerza, a la agresividad y la sexualidad irreprimibles, a las conductas de riesgo para sí y para los y las demás, todos atributos que se oponen a lo que se necesita para las labores que materializan el cuidado de la vida. Rasgos como ternura, delicadeza, empatía, paciencia, serenidad, no hacen parte del repertorio masculino hegemónico. Es por eso que llegar un hombre a ocupar el lugar de cuidador de la primera infancia genera sorpresa, cuando no incomodidad o abierta censura.

En la historia de Azul se evidencian algunos aspectos que operaron como limitantes para el reto que asumió como cuidador:

- Ser hombre. (Por todo lo expuesto anteriormente)
- No contar con experiencia previa, por ejemplo, haber sido padre.
- Dudas acerca de su vocación: Asombro y miedo dependiendo de la categoría etaria. Es decir, los y las bebés en primer lugar y las mujeres jóvenes, tanto del grupo de docentes como de madres, son quienes primero aceptan su lugar y su aporte.

- Prácticas restrictivas, vigiladas, desconfianza, especialmente desde los mismos hombres que llegaban como acudientes de bebés.
- Burlas, desde el mismo género o género contrario.

Como se ha mencionado, todos estos retos que le pone la cultura los enfrenta Azul con dos recursos de su propia historia:

- La crianza en un ambiente de cuidado, en el que se vio incluido en un círculo amoroso y acogedor, sobre todo de las mujeres y del padre de la familia que fue su segundo hogar.
- La decisión de asumir desafíos personales y profesionales que ya había demostrado en sus relaciones barriales, en el devenir de la licenciatura y especialmente en su labor alfabetizadora de la adultez mayor en barrios populares de la ciudad.

Como queda evidenciado en esta historia, la ruptura de los roles y estereotipos de género no se hizo mágicamente, sino que fue un proceso lento y concienzudo, lleno de altibajos y aprendizajes, tanto para Azul como para todo su entorno. Aprender a detectar las necesidades de bebés que no hablan, aprender el cambio de pañales, los ritmos de la alimentación, la estimulación de su desarrollo cognitivo, emocional y sus habilidades sociales, son retos que enfrenta cualquier persona que esté al frente del cuidado. Por toda la carga cultural e histórica, las mujeres no solo llegan mejor entrenadas y predispuestas a asumirlo, sino que el entorno mismo, al ver como natural esta feminización del rol, facilita, apoya, acompaña, confía y normaliza su desarrollo. Por el contrario, al tratarse de un hombre, el ambiente de desconfianza, desprecio y dudas hace que la resistencia al cambio se convierta en ocasiones, en oposición ciega, sin escuchar razones ni esperar resultados.

Por eso, al Azul haber asumido el desafío del cuidado profesional de un grupo de niñas y niños de la primera infancia con todo el despliegue de voluntad y creatividad, fue una experiencia significativa no solo en su biografía, sino en las y los participantes y testigos de esta y ayudó a demostrar la no existencia de un orden natural, genético o divino, dado para ejercer el papel de cuidado remunerado y no remunerado por parte de las mujeres, permitiendo con la ruptura de esta creencia, que haya inclusión de nuevos hombres en los Sistemas de Cuidado, gran reto como humanidad.

En otras palabras, cuando se apuesta por otro tipo de masculinidades positivas, alternativas o como quieran llamarse, que no se construyen desde esa ideológica de la dominación, la deshumanización, la utilización y la destrucción del otro/otra y la falta de empatía y amor por él, esas masculinidades tóxicas, tal y como las denomina Sagot (2017), dejan de tener prevalencia en las relaciones de género, el despojo y apropiación dejan de ser una estrategia de guerra entre y con el género.

Capítulo 6. Cuidado y Educación Popular

5.1. Educación como construcción de sujetos libres

Para referirse al hombre y su función de cuidador en espacios domésticos y extra domésticos, que incluyen lo público, que hacen referencia a ese cuidado social en primera instancia, y en segunda instancia a ese cuidado remunerado, se hace necesaria una educación que permita hablar de los hombres (en plural) como seres en construcción, “hombre autoconsciente” tal y como señala Kojève (1982), es decir, una persona que se reconoce desde otra perspectiva, o sea ese Yo hombre cuidador, que no solo observa el cuidado y toda la realidad que se mueve alrededor de él en sus distintos espacios vitales, sino que hace parte del cuidado porque es capaz de ser consciente de su realidad y de su dignidad humana, al mismo tiempo que la del otro y la otra. No lo mueve un sentimiento de superioridad y/o dominación frente a ese otro/otra, sino el deseo de ser mejor para sí mismo. Y este deseo de ser mejor lo convierte en un ser consciente y autoconsciente, dado que al ser mejor para sí mismo está siendo a la vez mejor para los demás, un ejemplo claro en Azul es su disposición de aprender del cuidado niños/niñas del CDI:

Él siempre fue un profesor que demostró dedicación y ganas de aprender sobre lo que se hacía en el CDI: toda la parte pedagógica, los formatos que teníamos

de planeación que en ese tiempo se llenaban en físico, teníamos que escribir a mano y en ocasiones nos reuníamos a hacer planeaciones en conjuntos. Por ser hombre y no tener experiencia en primera infancia, sentía temor de no tener ideas para las actividades que se podían realizar con los niños de esa edad.

Porque cuando se para desde ese YO hombre tradicional y socioculturalmente construido, solo es capaz de contemplar la realidad como un objeto más de ella que se mueve según su ritmo, pero que no interviene. Azul debido a ese proceso de crianza doméstica y extra-doméstica transforma esas creencias, valores y características -no naturales y divinizadas- sobre el hombre, en espacios de reconstrucción que le permiten superar esa construcción de hombre y masculinidad dada en su propia obra, tal como cita Kojève (1982):

Ese Yo será así su propia obra: será (en lo porvenir) lo que él ha devenido por la negación (en el presente) de aquello que ha sido (en el pasado), pues esta negación se efectúa en vista de lo que devendrá. En su ser mismo ese Yo es devenir intencional, evolución querida, progreso consciente y voluntario. Él es el acto de trascender lo que le es dado y que es él mismo. Ese Yo es un individuo (humano), libre (frente a lo real dado) e histórico (con relación a sí mismo). Y es ese Yo y ese Yo solamente, el que se revela a sí mismo y a los otros en tanto que Autoconciencia (p. 13).

Claro que este no es un producto ya terminado, es un proceso complejo inacabado y eterno, por eso Kojève (1982) lo reconoce como un “Yo del devenir y la forma universal de ese ser no será espacio, sino tiempo” (p. 2), en otras palabras, un Azul en constante construcción desde, en y para los espacios de interacción, y también en sus tiempos, creó el Azul niño que vemos a través de las voces femeninas de su entorno y nos muestra un hombre en construcción de la masculinidad en sus distintos matices, que hace que abandone esa posición de privilegio como menciona Kojève (1982) y también deje de ser un “ser estático y dado”.

Opta por ser un hombre capaz de mostrar empatía con la mujer, madre y su rol social y biológico, divinamente designado, que se encierran en expresiones como:

Había padres que no aceptaban esas dificultades de forma sencilla, pues un día mordieron a un niño y la madre solo dijo” y yo ahora como le

digo al papá” y ellase puso a llorar, en ese momento descubrimos que el papá se enojaba mucho y lastimaba a la mamá por lo que le pasara al niño. En ese momento él también entendió que ser madre no era sencillo y él decía: “de verdad, los hijos no solo son de la mamá”.

Es desde esa empatía, esa conciencia y autoconciencia que se construyen nuevas masculinidades, una forma distinta de ser “Azul”. Esto se da debido a que ha sido capaz de tomar conciencia de sí en el momento, como cuando alguien se ve por primera vez en el espejo y reconoce su reflejo. En este caso, cada etapa de su vida lo prepara para esas tantas primeras veces cuando dice: "Yo". Ese Yo es conocimiento y comprensión de una realidad humana que refleja una estructura social, política, ideológica y de género que supone un estatus que a partir de lo que es ser “hombre” para muchos implica una posición de confort y comodidad aparentemente fácil, pero que en realidad deshumaniza la noción de ese otro/otra y al mismo tiempo del propio hombre. Por ello en esta historia es tan valioso, ese tejido de mujeres que, como Lagarde señala, sostiene a otras mujeres, pero que en este caso evidencia ese otro sostén menos visible, que sostiene también a hombres, paradójicamente en el mismo seno de la sociedad patriarcal.

5.2. Educación como ruptura de la dualidad Amo/esclavo

Ese Yo es un individuo (humano), libre (frente a lo real dado) e histórico (con relación a sí mismo). Y es ese Yo y ese Yo solamente el que se revela a sí mismo y a los otros en tanto que Autoconciencia

(Kojéve, 1982, p. 2)

El proceso en que Azul se desmonta del paradigma dominante revela una dialéctica interesante acerca del poder: el lugar de privilegio “amo” y señor, dueño del poder, es un lugar que al mismo tiempo hace a los hombres esclavos de él. En la construcción de la masculinidad tradicional y hegemónica, uno de los principales cautiverios es el de instalar la lógica amo/ esclavo, el que domina/ quien es dominado. Romper con esa lógica implica partir del reconocimiento de la persona y no del poder

que ejerce o la posición social, de género, clase o etnia. Es difícil y doloroso, pero inmensamente liberador.

En esa necesidad de ser reconocido como “hombre” en realidad es lo que convierte al hombre en esclavo y a la vez en amo porque establece relación parámetros de conducta que excluyen a aquel que no cumplen, que coinciden con la expresión de Kojève (1982):

Si el hombre no puede ser satisfecho sino por el reconocimiento, el hombre que se conduce como Amo no lo será jamás. Y dado que, al principio, el hombre es ya Amo o Esclavo, el hombre satisfecho será por necesidad esclavo; o más exactamente, aquel que ha sido esclavo, que ha pasado por la Esclavitud, que ha "suprimido" dialécticamente su servidumbre (p. 9).

Así pues, es desde la crítica de su posición de amo y esclavo como denomina Kojève (1982), que se construyen nuevas masculinidades, que eliminan la obligatoriedad de la mujer en cuanto al cuidado y la imposibilidad del hombre con respecto a él. Ejercicio que inicia en pequeñas acciones:

(...) me contaba que las compañeras le enseñaban lo mismo que yo le había dicho, pero con más detalle. Que él todavía no tenía permitido ayudar a cambiar a los bebés, pero que sí podía alistar la ropita, los cepillos de dientes con crema, que él abrazaba mucho a los bebés y que ya lo reconocían, que ya le tenían confianza y que lo buscaban, yo sentía orgullo y felicidad porque mi hijo se veía feliz (Kojève, 1982)

La asignación del ámbito doméstico y del trabajo de cuidado a las mujeres, genera actitudes negativas hacia aquellos hombres que se vinculan a este tipo de labores: por un lado, desconfianza en sus capacidades y habilidades para desempeñar las tareas del cuidado y la crianza, y por otro lado actitudes de sospecha acerca de las motivaciones que puede tener un hombre para abandonar los roles de fuerza autoridad y privilegios. Aunque la sociedad reconoce la necesidad y la importancia del cuidado de la primera infancia, naturaliza que sean mujeres quienes lo asuman, llegando a verlo como una obligación o como un talento con el que se nace. Por el contrario, en el caso de los hombres que asumen el cuidado se les juzga a priori como amanerados, afeminados o

menos hombres, asunto evidente en la expresión de la docente, compañera de Azul cuando señala:

En ocasiones los padres mostraban un poco de preocupación, porque nunca les había tocado a sus hijos con un profesor que fuera hombre. En especial se alarmaron los padres que sobreprotegían a las niñas y les preocupaba el momento del cambio de ropa y la compañía al baño a hacer sus necesidades, ya que en la casa la que se encarga de eso es “naturalmente” una mujer, sea la madre, la hermana, la tía o la abuela (...) y a él no le había tocado realizar estas actividades antes.

Uno de los grandes obstaculizadores del cambio en los roles y en la construcción de sujetos libres de estereotipos es el miedo a la presión social o al incumplimiento de las expectativas sociales que el entorno ha construido sobre los sujetos. Como afirman las autoras mexicanas “la culpa se puede presentar mediante el temor a realizar “x” actividad y que esta no sea captada de manera positiva por otras personas, lo cual neutraliza cualquier intento de cambio” (INAMU, 2003 p. 44)

.

Sin embargo, enfrentar el miedo también puede dar el valor para el cambio, un ejemplo claro es Azul:

Cuando le enseñamos a cambiar los pañales lo hizo con tanta delicadeza y pulcritud... se colocó los guantes de látex que se utilizaban para el cambio, primero la auxiliar le explicó cómo hacerlo en teoría y de repente comenzó a sudar y empezó a hablarle a los niños a decirles “nos vamos a cambiar el pañal” y ellos solo lo miraron y empezaron a correr. Entonces él cogió los pañales, los acomodó junto a los pañitos, acomodó la colchoneta y acostó al primero y le quitó el pañal, haciendo unas caras de fastidio y de risa que todos en el salón nos reíamos en ese momento y muy delicadamente lo limpió y le decía “no se vaya a mover” ... ¡hasta lo grabamos! pero fue en cuestión de unos días que él aprendió a quitar los pañales y bañar a los niños.

5.3. El orgullo como crecimiento o como reconocimiento sin valor

“El Amo ha luchado y arriesgado su vida por el reconocimiento, pero sólo ha obtenido un reconocimiento sin valor para él. Porque él no puede ser satisfecho sino por el reconocimiento de aquel a quien acepta como digno de reconocerlo” (Kojéve, 1982, p. 9).

La superioridad es un valor que se exalta en relación con la definición de ser hombre, en contraste con el ser mujer y la enseñanza de la modestia y la humildad. En la historia de la que trata este trabajo se pueden identificar construcciones propias e inéditas de la masculinidad que son muy interesantes puesto que rompen con la idea de que si se abandona la idea de la superioridad y el dominio tiene que asumirse un repertorio asignado a lo femenino o asignado al fracaso y al caos.

Por el contrario, en la historia de Azul se pueden identificar muchos valores y características que llenan de significado el orgullo como posibilidad de crecimiento personal y transformación, y no como superioridad y cautiverio del poder masculino hegemónico. En palabras de las mujeres que han rodeado la crianza y el crecimiento personal y profesional de azul, la posibilidad de sentirse orgulloso en su rol de cuidado profesional de la primera infancia estaría centrada en algunas características, como, por ejemplo:

- Disciplinado: aludiendo a su capacidad de aprender los estándares de calidad en la atención de la primera infancia. la planeación y reporte detallado de los espacios de formación de los y las niñas y el seguimiento a su crecimiento y desarrollo
- Ordenado: descrito así por las compañeras de trabajo que observaban como disponía de todos los elementos necesarios previo asumir una tarea como el cambio de pañales o el suministro de los alimentos a los y las niñas.
- Observador: sus compañeras de trabajo, en especial su exjefa, destaca cómo Azul intentaba aproximarse a cada niño o niña de acuerdo con su situación familiar y a su entorno. Por ejemplo, cuando adaptaba la celebración del Halloween para no excluir a niños provenientes de familias evangélicas.

- Humilde: esta característica es mencionada con admiración en el relato, cuando reconocen la capacidad de autocrítica desplegada por Azul ante posibles errores y descuidos y su disposición a aprender y a corregir posibles carencias.
- Amable: intentar abrazar, hablar con voz suave, cantar, cargar a aquellos niños que requirieran un apoyo por sus condiciones físicas, son esfuerzos que destacan los relatos tanto de su madre como de sus compañeras de trabajo.
- Perfeccionista: aunque el perfeccionismo en las labores manuales es un rasgo atribuido principalmente a lo femenino, en el relato de la ex jefa de Azul, aparece éste como un rasgo distintivo, que le hacía esforzarse para que el lugar quedara bellamente decorado, así él personalmente repudiara la escarcha.
- Delicado: en todos los relatos que narran la aproximación de Azul al cuerpo de las niñas y los niños, mencionan la delicadeza como un valor especialmente importante por tratarse de primera infancia y porque se trata de un rasgo que rompe con el estereotipo de fuerza, agresividad y violencia que se espera de los hombres heterosexuales.

5.4. Masculinidad como construcción de referentes intergeneracionales

Desde el marco teórico asumido, uno de los procesos definitivos en la vida es la socialización, proceso a través del cual los seres humanos aprenden e interiorizan las normas y los valores de una determinada sociedad y cultura específica. Este aprendizaje les permite obtener las capacidades necesarias para desempeñarse con éxito en la interacción social. En la socialización se cruzan, desde la perspectiva interaccionista que acompaña este trabajo, la estructura económica política y social que rodea al individuo con su subjetividad.

La crianza es un tiempo privilegiado donde nace el vínculo, la confianza y el reconocimiento mutuo, sobre estas bases se reciben los cuidados sensibles y afectos necesarios que asientan las bases de su madurez física y emocional por tal razón siempre debe existir la presencia de mujeres y hombres referentes en todos los espacios de la vida, en la crianza.

Criamos a nuestros hijos e hijas o acompañamos a los de otras personas, pero ¿de dónde vienen nuestros parámetros, patrones y memorias, con relación a la crianza? En gran medida, vienen de las vivencias que se han almacenado en nuestros propios procesos de crianza. Todas y todos hemos sido criados de una u otra forma, ya sea en el seno del cuidado materno- paterno o en otros tipos de familias. Nada más pertinente que poder indagar en la propia crianza para observar y así poder resignificar en nuestros actos cotidianos al momento de criar y/oacompañar.

En el proceso de socialización y crianza de los niños en un sistema patriarcal como el imperante, la presencia de otros hombres marca modelos a seguir, y también modelos de los cuales distanciarse, des-idealizar y hacer rupturas. La ausencia de la figura paterna en la historia de los niños varones no es la ausencia de la masculinidad, más bien es la ausencia de un tipo de masculinidad. La historia de la infancia de Azul está marcada por la distancia afectiva del padre, pero no por la ausencia aduciendo su decepción por el sexo del hijo y su posterior desinterés en la crianza. Esta situación crea al mismo tiempo un vacío y también la posibilidad de buscar otros modelos de masculinidad en sus círculos cercanos y permite que no se instale la negación de la feminidad como una de las tareas obligatorias en la infancia de los varones, como es característica prioritaria en la construcción de la masculinidad hegemónica. La madre de Azul lo refiere cuando afirma: “mi hijo sabía que tenía que tratar bien a las chicas, era un chico cuidadoso” ...este tipo masculinidad como señalamos en el apartado anterior aporta otro tipo de características, más diversas y flexibles que el estrecho repertorio de características esperadas en la construcción de un hombre.

Esta posibilidad de construir masculinidades más libres y menos ligadas al mandato patriarcal permite que las nuevas generaciones tengan al mismo tiempo referentes diferentes para su propia construcción.

Capítulo 7. Conclusiones y Recomendaciones

6.1. La Educación Popular como escenario de emergencias sobre masculinidades y cuidado

Uno de los momentos cruciales en la vida Azul es su ingreso a la Licenciatura en Educación Popular, tanto como lugar académico, de socialización secundaria y de apertura al trabajo práctico con organizaciones sociales y comunitarias, pues posibilitó esas tres dinámicas de saber y conocimiento que menciona Mejía (2015, p. 46): diálogo de saberes, confrontación de saberes y negociación cultural. La síntesis de ese camino pedagógico, ético político y vital se ve reflejada en su trabajo de grado “Sistematización de la experiencia de alfabetización de adultos con el Grupo Nueva Vida” (2014), en el que produce una reflexión sobre los aprendizajes obtenidos y generados en su praxis en barrios populares de Cali.

Se vislumbra la Educación Popular como un espacio, un camino y un modelo alternativo que permite crear autoconciencia y reflexión dado que “propone la transformación de las realidades que producen opresión, desigualdad, dominación e implica una reflexión para la acción emancipadora, de sí, de la vida y de la sociedad a través de sus diferentes ambitos de actuación” (Mejía, 2015, p. 45).

En este sentido, aunque en su trabajo no se incorpora la perspectiva de género ni se reflexiona acerca de las masculinidades, desde una lectura posterior del documento, sí se puede identificar el tipo de masculinidad que entra en juego en un diálogo de saberes con personas adultas mayores de sectores populares, permitiéndose aprender de seres iletrados, con una gran carga de sufrimiento social y de exclusión en sus historias, y ejerciendo el cuidado de esas fragilidades desde su propia vulnerabilidad de estudiante, deseoso de poner en práctica el cúmulo de teorías obtenido en la universidad.

6.2. La despatriarcalización del currículo:

La crisis planetaria de los cuidados nos puso ante la urgencia de construir y vivir de acuerdo con una ética del cuidado, revalorando lo comunitario y siendo conscientes de lo que vale e importa la vida, para cuidarla y sostenerla. Este imperativo debe convertirse en una práctica cotidiana y más en estos tiempos feroces que estamos viviendo. Asumir el autocuidado y el cuidado de quienes nos rodean responsable y equitativamente y no solo en tiempos de crisis, es un horizonte que puede y debe ser alimentado desde la Licenciatura en Educación Popular.

El reto en concreto es fortalecer en el currículum los cursos teórico prácticos de deconstrucción de los mandatos de género, los cursos vinculados al cuidado de la vida como la educación de la primera infancia, el cuidado de la salud mental, la alfabetización de adultos, la construcción y acompañamiento a los procesos de poblaciones con diversidad funcional o capacidades distintas, el diálogo de saberes con la adultez mayor, con la población rural, con las mujeres populares, no desde su estudio teórico meramente, sino cultivando una actitud de cuidado mutuo también entre estudiantes y entre estudiantes y docentes.

Para que los hombres vayan asumiendo un papel más activo en la crianza, es necesario que vayamos dejando de lado prejuicios y modelos tradicionales de crianza; entender que la masculinidad no pasa por ser dominante o autoritario, sino por la capacidad de ser comprensivos, de brindar afecto, de contener y generar una conexión emocional con el niño. En este sentido, la Educación Popular tiene un gran espacio de trabajo en las comunidades.

6.3. Negociación cultural: avance en pensamiento crítico y conciencia

Cuando Mejía (2016) nos habla de esas prácticas compartidas que permiten la construcción de representaciones y construcciones nuevas, nos pensamos en el horizonte de las relaciones sociales entre géneros, intra-género e intergeneracionales; relaciones materiales que redistribuyan el poder económico, relaciones culturales que permitan el diálogo sin colonización entre diversas tradiciones, costumbres y construcciones de

sentido y relaciones epistémicas que reconozcan la diversidad de pensamientos y saberes, que permiten la

articulación que hace posible un pluralismo epistemológico crítico que nos habla de la manera como en estos tiempos construimos sentidos, significados desde la complementariedad, enfrentando cualquier matriz epistémicamente homogeneizadora, abriéndonos a un mundo biodiverso donde se elabora y reelabora un campo más amplio que la propuesta antropocéntrica (Mejía, 2016, p. 52).

Hablar de negociación cultural en la Licenciatura de Educación Popular implica reconocerla como un escenario “bio-cultural” (Mejía, 2016) “donde los saberes y conocimientos están vivos y son recreados dando forma a una reelaboración de creencias, conocimientos, costumbres, saberes, desde otros diferentes” (p. 52). Para nuestro foco de reflexión, implica hacer explícito el currículum oculto construido con silencios, tratos diferentes a la diversidad sexual y de género, retar el androcentrismo y el antropocentrismo que circula en la vida cotidiana de la universidad, atrevernos a hacer prácticas intencionadas de reconocimiento y celebración de todo tipo de diversidades.

6.4. Educación como práctica de amor y de libertad

Un sentimiento que fluye y se siente a través de la historia de vida de Azul es el amor, el amor en formas distintas, pero esencialmente el amor expresado en el cuidado al otro/otra, por ejemplo, en la relación de amistad entre mujeres de Raquel y Cecilia, el amor de Azul y su amiga Laura, etc. Ese proceso de dar amor coincide con que funde lo social. De allí que la educación como práctica de amor es la expresión de la vida que aprende, en otras palabras, en el acto educativo: “los educandos confirman en su vivir en el mundo que vivieron en su educación. Los educadores, a su vez, confirman el mundo que vivieron al ser educados en el educar” (Freire s/f, p. 11).

Una de las tareas a las que la educación popular como práctica emancipatoria puede contribuir, es a resignificar la masculinidad. No es tarea fácil, se requiere de mucho

coraje, empatía, conocimiento, comprensión y amor. Hace falta reconocer que estamos cambiando la forma de relacionarnos con nosotros mismos, y eso implica hacerlo también con los demás. Los constructos socio culturales de qué es ser hombre y de qué es ser mujer ya nos quedaron pequeños, es como ponerse un zapato de menor talla, nos duele, incomoda y hiere.

Necesitamos esta capacidad, la capacidad de muchos hombres de replantearse, cuestionar, dialogar y criticar el modo en que hasta ahora han encarnado su masculinidad. Necesitamos ampliar, regenerar y construir nuevos espacios de habitarnos y de relacionarnos. La universidad pública es ese escenario privilegiado para hacer rupturas epistémicas y culturales y reflexionar sobre las rupturas que se están dando en el hábitat y en el entorno social. y dentro de la universidad el lugar privilegiado para reflexionar estos temas para encarnarlos para hacerlos praxis y acompañar a las comunidades en las transformaciones sociales que los retos planetarios nos exigen es el escenario de la educación popular.

7. Lista de Referencias

- Aragón Grajales, F. A., & Ruiz López, D. F. (2014). Sistematización de la experiencia de alfabetización de adultos con el Grupo Nueva Vida (Doctoral dissertation).
- Batthyány, K. (2021). Miradas latinoamericanas a los cuidados. Siglo XXI Editores México.
- Blanco, Mercedes (2012) Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos Andamios. Revista de Investigación Social, vol. 9, núm. 19, mayo-agosto, 2012, pp. 49-74 Universidad Autónoma de la Ciudad de México Distrito Federal, México Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62824428004>
- Boscán Leal, A. (2008). Las nuevas masculinidades positivas. Utopía y Praxis Latinoamericana, 13(41), 93-106. Recuperado en 24 de octubre de 2022, de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-52162008000200006&lng=es&tlng=es.
- Boscán Leal, A. (2008). Las nuevas masculinidades positivas. Utopía y praxis latinoamericana, 13(41), 93-106.
- Botero, D. (2018). Incidencia del género en la experiencia social. Trayectorias profesionales de hombres docentes de preescolar en la ciudad de Cali. Trabajo de grado para optar por el título de socióloga. Santiago de Cali: Universidad delvalle.

- Buquet, A. (2016). El orden de género en la educación superior: Una aproximación interdisciplinaria. *Nómadas*, 44, 27-43
- Burin, Mabel y Meler, Irene (2009) Género una herramienta teórica para el estudio de la subjetividad masculina en varones. pp. 19-45. Librería de las mujeres.
- Castells, en Fundación Juan Vives Suriá, 2010, Lentes de género: lecturas para desarmar el patriarcado, Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana Defensoría del Pueblo. Recuperado de:
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es>
- Chárriez Cordero, Mayra (2012) Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa Ph.D. Universidad de Puerto Rico Recinto de Río Piedras. *Revista Griot* (ISSN 1949-4742) Volumen 5, Número. 1, diciembre 2012, pp. 50-67
- Chaves, A. R. (2012). Masculinidad y feminidad: ¿De qué estamos hablando? *Revista Electrónica Educare*, 16 (Especial), 5-13. Consultado de <http://www.revistas.una.ac.cr/index.php/EDUCARE/issue/view/418>
- Chiquito, D. (2015). *Una visión de la paternidad desde las vivencias de jóvenes universitarios. Trabajo de grado en modalidad de monografía, trabajo social*. Zarzal: Universidad del valle.
- Comisión Nacional de los Derechos Humanos (2010) Masculinidades, Género y derechos humanos México. ISBN: 978-970-644-XXX-X
- Cornejo, Marcela; Mendoza Francisca y Rojas, Rodrigo (2008) La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico. *PSYKHE*, Vol.17, N° 1, 29-39. ISSN 0717-0297
- D'Argemir Cendra, D. C. (2016). Hombres cuidadores: Barreras de género y modelos emergentes. *Psicoperspectivas*, 15(3), 10-22.

- Esquivel, V. (2013). El cuidado en los hogares y las comunidades. Informes de investigación, documento conceptual, Buenos Aires: OXFAM
- Faur, Eleonor (2004) Masculinidades y Desarrollo Social: Las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres. Bogotá, Colombia: UNICEF & Arango Editores Ltda. ISBN: 958-27-0050-5
- Freire, Paulo (2009) La educación como práctica de libertad. Traducción de
- Fuller, Norma. (2012). Repensando el Machismo Latinoamericano. Masculinities and SocialChange, 1(2), 114-133.
- González Rey, Fernando (2013) La subjetividad en una perspectiva cultural histórica: avanzando sobre un legado inconcluso. CS No. 11, 19–42, enero–junio 2013. Cali, Colombia
- Iniesta, Montserrat (2006) (Museu de Vilafranca/ICA) y Carles Feixa (UdL). Historias de vida y Ciencias Sociales. Entrevista a Franco Ferrarotti. revista de recerca i formació en antropologia Periferia Número 5, 1-14
- Joan Tronto, “Vicious circles of privatized caring”, Socializing Care: Feminist Ethics and Public Issues, Maurice Hamington y Dorothy Miller (eds.), Lanham, Rowman and Littlefield Publishers, 2006.
- Jociles Rubio, M. I. (2001). El estudio sobre las masculinidades. Panorámica general.
- Kojève, Alexandre. (1982). La dialéctica del amo y el esclavo en Hegel [en línea]. Buenos Aires: La pléyade. [Consulta: 9 mayo 2020]. ISBN 978-987-514-115-5.
- La furcia, Ange (2013). *¿Y entonces...que más, hombres? Estudio sobre masculinidades en Colombia: una lectura en clave feminista*. Sociología. Santiago de Cali: Universidad del valle.

Lagarde, M. (2006). Pacto entre mujeres. Sororidad. Aportes para el debate, 25, 123-135.

Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual.

Lamas, M. (2002). Diferencia sexo y género.

Lamas, M. (2007). El impacto de los estereotipos y los roles de género en México

Lilian Ronzoni. Madrid, España: Siglo XXI. ISBN: 9788432314216

Mejia, R. (2015) Diálogo-confrontación de saberes y negociación cultural. Ejes de las pedagogías de la educación popular: Una construcción desde el sur.

Mundubat. (2013) Derechos Humanos de las Mujeres 4 “Nuevas Masculinidades: implicaciones para la cooperación”.

Núñez, G. (1999) Sexo entre varones, poder y resistencia en al campo sexual. México. El Colegio de Sonora y el PUEG-UNAM

Salguero Velásquez, M. A., (2008). Identidad de género masculino y paternidad. Enseñanza e Investigación en Psicología, 13(2), 239-259. [Fecha de Consulta 24 de octubre de 2022]. ISSN: 0185-1594. Recuperado de:

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29213204>

Sanz, A. (2005). El método biográfico en investigación social: potencialidades y limitaciones de las fuentes orales y los documentos personales.

Asclepio -Vol. LVII-1-2005. Recuperado de:

https://www.academia.edu/43269903/EL_M%C3%89TODO_BIOGR%C3%81FICO_EN

Sagot Rodríguez, M. (2017). Feminismos, pensamiento crítico y propuestas alternativas en América Latina. CLACSO.

Schongut, N. (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2 (2), 27-65. ISSN: 1688-7026

Szil, P. (2007). Masculinidad y paternidad. Del poder al cuidado. Compilado Voces de hombres por la igualdad. Campaña del lazo azul. Argentina/Uruguay. Consultado en http://www.lazoblanco.org/wpcontent/uploads/2013/08manual/bibliog/material_paternidades_0132.pdf.

Viveros Vigoya, Mara (2002) De quebradores y cumplidores “Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia”. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas & Centro de Estudios Sociales. ISBN 958 1216 12-8
<http://dx.doi.org/10.4471/MCS.2012.08>